

Selección



ADAM SURRAY

LA REENCARNACION DE CAROL MERRILL

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

383 — Tengo miedo, ayúdame, *Ralph Barby*.
384 — El pozo de las maldiciones, *Ralph Barby*.
385 — Horror infinito, *Clark Carrados*.
386 — El clan de la calavera, *Joseph Berna*.
387 — Aliento de ultratumba, *Lou Carrigan*.

ADAM SURRAY

LA REENCARNACION DE CAROL MERRILL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 388
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.941 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El amplio vestíbulo del Mirzam estaba repleto de público. Hombres de smoking y damas luciendo elegantes vestidos. Reinaba gran expectación ante el estreno cinematográfico de La barca de Satán, la última producción de Freeman Film.

La crítica especializada que había asistido a la proyección privada era unánime en su valoración del filme. Las secciones cinematográficas de todos los periódicos de Los Angeles coincidían en catalogar a La barca de Satán como la película más terrorífica de toda la historia del Cine.

La Freeman Film, productora de terror y ciencia ficción, había superado todos sus anteriores filmes.

Cinthya Douglas, la estrella femenina del filme, rompía la tensa espera firmando autógrafos. Su vestido, un audaz modelo en gasa transparente, era todo un espectáculo. Junto a ella se encontraba Ralph Davidson, el actor masculino. También firmando autógrafos.

Y el director Samuel Skelton.

El gran Skelton.

El creador de la más tenebrosa y espeluznante atmósfera de terror. Había plasmado en imágenes un Infierno aún más alucinante que el descrito por el inmortal Dante. .

Sobre aquellos tres personajes se centraba la máxima atención.

—¿Quieres firmarme un autógrafo?

Warren Gowland interrumpió el iniciado ademán de encender el cigarrillo.

Apartó el emboquillado de los labios esbozando una sonrisa.

—Te equivocas, encanto. Yo no soy Ralph Davidson. Y tampoco Charles Blair en su papel de Satán.

La muchacha rió divertida.

—Lo sé. Quiero un autógrafo de Warren Gowland, guionista de La barca de Satán.

Gowland contempló más detenidamente a la muchacha.

Muy joven.

De unos veinte años de edad. Rostro atractivo coronado en negros cabellos. Ágata eran también sus ojos. La nariz ligeramente respingona. Labios carnosos.

Lucía un elegante vestido de cóctel que resaltaba la perfección de su cuerpo.

—Comprendo —sonrió Gowland—. Te dedicas a coleccionar cosas raras.

Estaban en uno de los corredores del Mirzam Cinema.

Algo alejados del bullicioso vestíbulo.

—Todos aquellos —señaló la muchacha hacia el concurrido salón— olvidan al verdadero artífice del éxito. Ni actores ni director hubieran hecho nada sin el guión. Un guión de Warren Gowland basado en su última novela.

Gowland encendió el cigarrillo.

—¿Cuál es tu nombre?
—Patricia Merrill.
—¿Has leído la novela, Patricia?
—Ahá. Un par de veces. También Perispiritu, El oráculo y todos tus artículos para la Stern Press.
—¿Y te gustan?
—¡Me entusiasman!
Warren Gowland entornó los ojos.
Dirigió a la joven una inquisitiva mirada.
No parecía estar burlándose de él.
—Creo que es el primer autógrafo que firmo en mi vida —dijo Gowland, tomando el cuaderno de la muchacha—. Por supuesto he firmado mis novelas, pero nunca, en un estreno cinematográfico, han acudido a mí en demanda de un autógrafo.
—Eres uno de ¡os autores más populares de California.
Gowland chasqueó la lengua.
—Lamento que una chica tan encantadora como tú disfrute con mis novelas. Las escribo para un público morboso.
—Tus artículos para la Stern Press no son así. La parapsicología, el espiritismo, brujería, satanismo...
—Temas de actualidad. Soy un periodista, Patricia. Un periodista mediocre y sin vocación. Prefiero escribir novelas y guiones cinematográficos. Es más rentable. Los artículos para la Stern Press están impuestos por mi editor. Dice que mi firma semanal en los principales periódicos adscritos a la Stern Press mantiene en alto mi nivel de ventas. Yo, mezquino mercader de la pluma, me limito a obedecer.
—Dominas esos temas, Warren.
—¡Oh, sí...! De pequeño, cuando mis amigos se entusiasmaban con Superman, yo devoraba tratados de Demonología. Y desde entonces no...
Un musical sonido de campana anunció el inmediato inicio de la proyección.
—Bueno, Patricia. De no retirarnos seremos aplastados. Te aconsejo acudas a ocupar tu localidad. Ha sido un placer conversar contigo.
Warren Gowland se alejó del corredor avanzando hacia uno de los accesos de salida que desembocaban en el hall principal.
Allí fue alcanzado por la muchacha.
—¡Eh, Warren...! ¿No te quedas a ver la película?
—¿Yo? ¡Oh, no! Mi presencia aquí ha sido motivada por la rueda de Prensa. Había prometido un par de entrevistas y siempre cumplo con los colegas. Quedarme a visionar La barca de Satán sería ya demasiado.
—Apuesto que pronto alcanzará los primeros puestos en el ranking cinematográfico USA.
—No lo dudes. Aquí y en Europa. La Freeman Film ha gastado más en publicidad que en el filme. ¿Quieres un consejo, Patricia? A pocas calles de

aquí, en el cinema Parish, se proyecta una selección de los cortos de Sennet.

La joven sonrió.

—Tengo una idea mejor, Warren.

—¿De veras?

—¿Por qué no me invitas a tomar una copa a tu aparta mentol De nuevo los ojos de Warren Gowland se entornaron para centrar la mirada en la muchacha. Con tal intensidad que Patricia inclinó la cabeza con el rostro rojo como la grana.

Gowland dudó.

No era la primera vez que una mujer joven y bonita se le ofrecía tan directamente. En Los Angeles formaban legión las jóvenes que ambicionaban un pequeño papel en Hollywood. Acudían a directores cinematográficos, actores, guionistas... a cualquiera relacionado con el mundo del cine. Dispuestas a todo por sólo pisar el plato. Pero Patricia Miller le pareció distinta.

Una *starlett* no se ruborizaba.

El vestido de Patricia, elegante y de discreto escote, no resultaba provocativo. Y el collar y pendientes no eran bisutería.

Gowland no dudó más.

Sería absurdo despreciar aquel maravilloso ofrecimiento.

—Sí, Patricia. Tu idea es la mejor. ¿Nos vamos?

—Recogeré del guardarropa mi...

—Dame el ticket.

Warren Gowland retornó a los pocos minutos con un chal que colocó sobre los desnudos hombros femeninos.

La fachada del Mirzam lucía su iluminación de gala. Los curiosos que se habían congregado a presenciar la llegada de los actores ya se habían dispersado.

Gowland se detuvo frente a un aerodinámico Chevrolet «Corvette». Estacionado a poca distancia del cinema.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

—¿Sabes una cosa, Patricia? —sonrió Gowland, maniobrando en el volante—. Recibo muchas cartas de lectores. Unos alabando mis escritos y otros llamándome farsante y embaucador. Mis lectoras suelen ser viejas aficionadas al espiritismo y la brujería. Tú me has devuelto el optimismo, nena.

Patricia abrió su bolso de mano.

Extrajo una cajetilla de «Carlton Menthol».

Sus gordezuelos labios succionaron ávidamente el emboquillado. Con unos ademanes nerviosos que no pasaron desapercibidos para Gowland.

—¿Ocurre algo, Patricia?

—¿Cómo...? Oh, no... Estaba pensando. No parece que te tomes tu trabajo muy en serio, Warren. Eres demasiado joven.

El «Corvette» enfiló por Lom Street.

El intenso tráfico en aquellas primeras horas de la noche obligaba a continuas detenciones.

—¿Joven? ¿Joven para qué, Patricia?

—Para escribir en profundidad sobre los temas que desarrollas. Te consideraba un experto en parapsicología, espiritismo y las denominadas ciencias ocultas.

—Tengo veintiocho años, Patricia. Mi padre fue un ilustre psicólogo. Yo me incliné por el periodismo. Influenciado por mi padre cursé estudios de parapsicología y de civilizaciones desaparecidas. Escribí un original de trescientos folios sobre el enigma de la Gran Pirámide, otro sobre los OVNIS, un ensayo sobre los sucesos paranormales y un estudio sobre los poderes psíquicos de la mente humana. Con todo ese material deambulé por las editoriales californianas y comuniqué con las especializadas del país. Ni tan siquiera me devolvieron las copias. Hasta hace tres años era un perfecto desconocido que malvivía de un sueldo de corrector en un periódico. Cansado de aquello me decidí por escribir Perispiritu. Una novela de terror-ficción. Fue un gran éxito. Un best-seller. La Freeman Film me solicitó un guión. Y escribí El sarcófago. Muy en la línea de Alien. Luego El oráculo y varios guiones cinematográficos más. Poca literatura y mucho morbo. Eso es lo que deja dinero. Si mi viejo levantara la cabeza...; pero nado en dólares y mi bungalow está junto al de Jerry Lewis.

—Toda esa parrafada no ha contestado a mi pregunta, Warren. ¿Dominas realmente el campo de la parapsicología y espiritismo?

—Mis artículos los cursa la Stern Press a los principales periódicos de Estados Unidos.

—Sigues sin responder.

Warren Gowland aprovechó un stop para dirigir una mirada a la muchacha.

La contempló perplejo.

Intrigado por aquella insistencia.

—¿Tú has leído mis artículos para la Stern Press?

—Sí, claro... No todos, pero...

—¿Seguro? Entonces no comprendo tus dudas, Patricia. Mis artículos son, contrariamente a las novelas, absolutamente doctos y refutados con pruebas. Si me llega la noticia de que en Sacramento un fulano se pone a levitar viendo la televisión, no me conformo con comentar el suceso; sino que me desplazo a Sacramento e investigo la veracidad del hecho y estudio las causas que lo motivan.

—Discúlpame, Warren. Yo no estoy muy al corriente de todo esto. Soy profana en la materia. Tus artículos, aunque tratas de razonar los hechos, me aturden y resultan inverosímiles.

—Yo no razono todos los sucesos, Patricia. Un hecho paranormal está fuera del alcance de la mente humana. No es posible el... ¡Maldita sea! ¿Por qué no dejamos esta absurda conversación? No es la más adecuada para dos personas que se acaban de conocer. Hablemos de ti, Patricia. ¿De dónde eres?

—De Chasesville.

—¿Chasesville...? Ah, sí... Cerca del Sokol Desert. Resides en Los Angeles, ¿no?

—Estoy aquí de paso. Mi domicilio es en Chasesville.

El auto circulaba ya por las Beverly Hills.

Se adentró en Hawn Boulevard.

—Ya estamos llegando, Patricia. El 2.071. No es el mejor de los bungalows, pero sí uno de los más tranquilos.

El «Corvette» frenó ante una metálica puerta.

Warren Gowland pulsó un mando a distancia que hizo abrir la puerta.

El bungalow estaba dotado de piscina y jardín. Todo ello circundado por una alta muralla con sistema de alarma.

Todos los bungalows y viviendas de las Beverly Hills estaban protegidos por los más variados sistemas de seguridad.

Gowland descendió del vehículo abriendo la portezuela correspondiente a la muchacha.

—¡Una noche deliciosa, Patricia! Estrellas en el cielo y grillos cantando en el jardín —Gowland franqueó la puerta de entrada al bungalow—. Adelante, Patricia.

La joven obedeció con cierta timidez.

Warren Gowland pulsó un botón del living que iluminó automáticamente todas las dependencias del bungalow. En el mismo panel presionó el mando que conectaba los sistemas de seguridad.

—Hay que ser precavidos, Patricia. Esto es una jungla. Perros, alambradas electrificadas, circuitos cerrados..., ah ira se está poniendo de moda las fosas con caimanes.

Patricia esbozó una forzada sonrisa.

—Es... es un bungalow muy bonito...

Gowland se percató del nerviosismo de la joven. No le había impresionado en lo más mínimo el lujoso bungalow, pero sí estaba inquieta.

Tal vez arrepentida.

Eso lo solucionaría Gowland con unas copas y creando la atmósfera adecuada.

Se encaminó al mueble-bar del salón.

—¿Qué quieres tomar, Patricia?

—Pues...

—Déjame a mí —Gowland removió entre las botellas—. Puede ser... Sí, ya sé. Un combinado de mi especialidad. Zumo de naranja, ron blanco, whisky y un poco de ginebra. Te gustará.

Patricia se había acomodado en un largo sofá.

Warren Gowland, tras manipular en la coctelera, se aproximó portando los dos vasos.

—Por nosotros, Patricia.

La muchacha tomó el vaso ofrecido.

Y ante la estupefacta mirada de Warren Gowland lo vació de un solo golpe.

—¡Eh, Patricia...! ¡Había que saborearlo poco a poco! —Otro, Warren.

Gowland chasqueó la lengua.

—Nada de eso. Es dinamita. Pronto sentirás sus efectos. Yo ya empiezo a entrar en calor.

Gowland se despojó de la chaqueta del smoking y del lazo de seda. Desabotonó los tres primeros botones de la camisa. —Voy a poner un poco de música. Un disco de...

—Warren...

—¿Sí?

—Bésame.

Gowland parpadeó.

Aquella muchacha le desconcertaba.

Se sentó a su lado.

Patricia ya no se protegía con el chal. El vestido, con dos frágiles tirantes, permitía admirar los torneados hombros y el inicio de los turgentes senos.

Las manos de Gowland se posaron sobre aquellos desnudos hombros.

Atrajo a la muchacha contra sí besándola en la boca.

Percibió los labios de Patricia fríos y trémulos; aunque paulatinamente se entreabrieron respondiendo al beso.

El movimiento de Gowland presionando el resorte camuflado bajo el brazo del sofá fue imperceptible.

El respaldo del mueble se fue abatiendo lentamente.

Warren Gowland, antes de reclinar a la joven, hizo deslizar los tirantes del vestido.

La besó en el hombro izquierdo, en el cuello...

Los senos de la muchacha habían quedado al descubierto.

No llevaba sujetador.

Sus senos, breves y puntiagudos, se mantenían erectos.

Warren Gowland sí reclinó ahora a la joven sobre el abatido sofá.

Volvió a besarla en la boca, en el cuello, terminando por hundir su rostro entre los senos femeninos que comenzó a besar ávidamente.

Extendió su diestra por el muslo izquierdo de Patricia levantando la falda del vestido.

La mano avanzó audaz.

Al rozar con la yema de los dedos el fino encaje del slip un ahogado gemido interrumpió a Gowland.

Dejó de besar los senos femeninos para alzar la cabeza y enfrentar sus ojos con los de Patricia.

No había sido un gemido de placer.

Patricia estaba llorando.

CAPITULO II

Warren Gowland se incorporó.

Sin pronunciar palabra alguna abandonó el salón encaminando sus pasos hacia una de las habitaciones del bungalow.

Abrió el armario.

Fue arrojando sobre el lecho una camisa de bambula, pantalón y chaquetilla en tejido vaquero.

Se despojó del pantalón del smoking y de la camisa.

Odiaba los trajes de etiqueta.

Pasó al contiguo cuarto de baño permaneciendo por espacio de cinco minutos bajo la ducha.

En agua fría.

Lo necesitaba.

Se secó vigorosamente retornando al dormitorio.

Poco más tarde peinaba el rebelde cabello frente al espejo. Ya lucía la camisa de bambula, pantalón a juego y chaquetilla vaquera.

De la mesa de noche cogió una cajetilla de «Dunhill».

Encendió un cigarrillo.

Con las manos en los bolsillos de la chaquetilla acudió al salón deteniéndose bajo el umbral. Se apoyó en el marco de la entrada.

Patricia estaba sentada en el sofá.

Los tirantes del vestido ya sobre los hombros.

Las manos de la muchacha estrujaban una y otra vez un pequeño pañuelo. Ya no lloraba, pero sus ojos seguían nublados.

Enfrentaron sus miradas.

Warren Gowland sonrió.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí...

—Entonces en marcha. Te llevaré a casa. ¿Estás con algún familiar o en un hotel?

—En el Savoy.

—Okay. ¿Nos vamos?

—Discúlpame, Warren..., me he comportado como una chiquilla..., yo...

—Tranquila. No te preocupes, Patricia. Lo comprendo. Ibas a ver La barca de Satán y te enfrentas con un pulpo. Un cambio de plan demasiado brusco.

—Yo quería hablarte...

Gowland avanzó moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Entonces soy yo quien debe disculparse, Patricia. Estoy acostumbrado a deambular en un mundo de vicio, corrupción, inmoralidad... Si una muchacha me sugiere que la lleve a mi apartamento, ni remotamente se me pasa por la imaginación que es para conversar.

—Lo sé, Warren. Llegué aquí dispuesta a hacer el amor contigo, pero no pude..., no fui capaz...

Patricia rompió de nuevo en sollozos.
Gowland respiró con fuerza.
—No te lo tomes así, pequeña. Otro día estarás más animada, ¿eh?
—Tú no puedes comprenderlo... Todo fue premeditado, Warren. Lo había planeado al salir de Chasesville.
—¿Planeado...? ¿El qué?
Patricia se limpió las lágrimas.
Fijó sus llorosos ojos en Gowland.
—Todo, Warren... adquirí por trescientos dólares una invitación para el estreno del Mirzam. Sabía que tú estarías allí. Lo había leído en los periódicos. Mi plan era entablar conversación contigo, que te interesaras por mí... No se me ocurrió nada mejor que dejarme seducir; pero llegado el momento no fui capaz de fingir. Me estaba comportando como una vulgar ramera.
—Oye, Patricia..., no entiendo nada de...
—Sí, Warren. ¡Como una ramera! —exclamó la joven, dejando escapar dos nuevas lágrimas—. Ofreciendo mi cuerpo a cambio de tu ayuda. Y aún estoy dispuesta a ello, Warren. Haré lo que tú quieras... lo que tú digas...
—¿Te encuentras bien, Patricia? ¿Quieres que avise a un médico?
—Ayúdame, Warren... ¡Quieren matarme!
Gowland forzó una sonrisa.
—Bueno, Patricia. Vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo? Y para los nervios nada mejor que una copita de brandy y un cigarrillo.
Le tendió la cajetilla de «Dunhill».
Del mueble-bar sirvió una copa de «Courvoisier». Y para él un whisky doble.
Se sentó junto a Patricia.
—A pequeños sorbos, ¿eh? Eso es...
—Me ayudarás, ¿verdad, Warren? —interrogó Patricia—. Necesito tu ayuda. Sólo tú puedes...
—Por supuesto, por supuesto... ¿Quién quiere matarte?
—Mi madre.
Gowland sacudió la cabeza.
—Tu madre, ¿eh?
—Sí, Warren. Ha vuelto.
—¿De dónde?
Patricia mesó nerviosamente sus cabellos.
Una y otra vez.
—Es verdad... no te lo he dicho... De ahí que no comprendas mi angustia. Mi madre murió hace veintidós años.

CAPITULO III

Warren Gowland hizo ademán de incorporarse, pero la muchacha le retuvo por el brazo.

—Por favor, Warren... No me tomes por una loca. Sospecho que he seguido un camino equivocado. Lo más lógico hubiera sido hablarte claramente y exponer el problema; pero temía tu reacción.

—Patricia...

—Déjame seguir, Warren. Te lo suplico. No sabía a quién acudir. Hace unos días leí casualmente uno de tus artículos para la Stern Press en el Herald-Examiner. En la hemeroteca de Chasesville solicité los ejemplares anteriores donde figurara tu firma. También compré tus tres novelas, pero lo que más me interesó fueron tus artículos. Me informé de que acudirías al estreno cinematográfico de La barca de Satán y decidí ponerme en contacto contigo.

—No hemos llegado al... contacto.

La muchacha no compartió la ironía de Gowland.

Su bello rostro mantenía una nívea palidez.

—No sabía a quién recurrir, Warren. Perdóname.

Gowland respiró con fuerza.

Encendió un cigarrillo.

Con la mirada fija en la joven.

—Okay, Patricia. Estoy convencido de que todo esto no es una burla y que no tienes perturbadas tus facultades mentales. Te encuentras en dificultades e imaginas que yo puedo ayudarte, ¿no es eso?

—Sí, Warren.

—¿Cuál es el problema?

—Ya te he dicho que mi madre...

—Un momento —interrumpió Gowland, secamente—. Tu madre murió hace veintidós años, ¿correcto?

—Sí. Al nacer yo. Murió a consecuencias del parto.

—Los muertos no hacen daño, Patricia.

—¿Tampoco su espíritu?

—¿Qué quieres decir?

—Hace una semana apareció una mujer en Chasesville. Una mujer muy hermosa. De unos veinticinco años de edad. Se presentó ante mi padre afirmando que era Carol Merrill, su difunta esposa.

—Y tu padre la envió al cuerno.

Patricia esbozó una triste sonrisa.

—Mi padre es un hombre muy... extraño. En principio trató de seguir la broma, pero pronto descubrió que aquello no era burla. No guardaba parecido físico con mi madre. Sólo en el pelo, los ojos verdes y en la edad. Mi madre murió a los veinticinco años. Aquella mujer, que también responde al nombre de Carol, dice ser la reencarnación de Carol Merrill.

Gowland exhaló una bocanada de humo.

Se reclinó en el sofá.

—¿Tiene mucho dinero tu padre, Patricia?

—Sí. La Merrill Company, industria conservera enclavada en Chasesville, proporciona trabajo a un sesenta por ciento de la población. Otros muchos negocios de la ciudad son también propiedad de mi padre o de tío Rock.

—¿Esa tal Carol...?

—Carol Hutton.

—Bien. Carol Hutton sólo trata de sacar unos dólares a tu padre. Con el absurdo truco de simular ser la reencarnación de Carol Merrill.

—No, Warren. Eso pensé yo al principio. Al igual que mi padre y tío Rock. Lo cierto es que Carol Hutton empezó a hablar de cosas y hechos del pasado. Sucesos que sólo podía conocer mi madre.

—Para que el truco le saliera bien debía documentarse', Patricia. Sin duda se dedicó durante algún tiempo a estudiar datos de Carol Merrill para luego...

Patricia denegó con nervioso movimiento de cabeza.

La palidez se había acentuado en su rostro.

—Es ella, Warren. Mi madre se ha reencarnado en esa mujer. Conversaciones privadas con mi padre, detalles que sólo podían ser conocidos por mi madre; brotan espontáneamente de Carol Hutton. Incluso recuerda a mi padre datos olvidados. Y no sólo a mi padre. Saluda y conversa con habitantes de Chasesville. Con... viejos conocidos. Con hombres y mujeres que trató antes de su matrimonio con Donald Merrill. También con ellos comenta hechos que sólo mi madre podía saber. Son infinitas las pruebas a que fue sometida, Warren. Y de todas salió airosa. Dustin Balsam, el doctor que asistió en el parto a mi madre, también interrogó a Carol Hutton. El doctor fue el último en hablar con mi madre. Instantes antes de que falleciera. Estaban solos en una de las habitaciones de la casa. Mi madre pronunció dos palabras. Sus dos últimas palabras que quedaron grabadas en el doctor Balsam. Carol Hutton también las recordó.

—El doctor las comentaría con tu padre o con...

—No eran palabras para comentar con nadie, Warren. Mi nacimiento fue muy accidentado. El doctor, viendo que mi madre iba a morir, me tomó entre sus manos para aproximarme a ella. Le notificó que había sido una niña. Y mi madre respondió con aquellas dos palabras.

—¿Cuáles fueron?

Patricia inclinó la cabeza.

Su voz fue apenas un susurro.

—«Mátala, doc.»

* * *

Patricia succionó el «Carlton» exhalando una bocanada de mentolado humo.

—Sí, Warren. Esas fueron sus palabras después de mirarme con ojos velados por la muerte. El doctor Balsam jamás las repitió a nadie y, convencido de que lo de Carol Hutton era un engaño, la emplazó a que pronunciara las dos últimas palabras de mi madre. La palidez del doctor nos confirmó que Carol Hutton había acertado una vez más. Ya no quedaba margen para la duda. Aquella mujer era la reencarnación de Carol Merrill.

Gowland quedó en silencio.

Se levantó del sofá.

Portando el vaso fue hacia el mueble-bar sirviéndose una buena dosis de «Chivas Regal».

Aquel prolongado mutismo impacientó a Patricia.

—¿Qué opinas, Warren?

—No creo en la reencarnación de Carol Merrill.

—¿Por qué, Warren? ¿Acaso no existe la reencarnación? En tus artículos has comentado casos reales y comprobados de reencarnación.

Gowland chasqueó la lengua tras saborear el whisky.

Retornó junto a la muchacha.

—No has sabido leer mis artículos, Patricia. Recuerdo los casos que mencionas. Ciertamente casos reales y comprobados, pero no de reencarnación. Yo no creo en la reencarnación.

—Pero si...

—La mayoría de los parapsicólogos no creen en la reencarnación, Patricia. Yo soy uno de ellos. En todo caso de... reencarnación se plantean dos interrogantes. ¿Es realmente una reencarnación o se trata de una persona en estado mediúmnico que logra una conexión no con su vida anterior o pasada, sino con otra persona en otra dimensión de espacio-tiempo?

—No comprendo tus palabras, Warren. ¿Crees en Dios?

—Sería muy necio negar la existencia de Dios. Y yo me considero un hombre inteligente.

—En la Biblia hay infinidad de pasajes referentes a la reencarnación. San Mateo, san Juan... Ahora no los recuerdo, pero sé que...

—Yo sí, Patricia. San Mateo, 17, 9-13, habla de la reencarnación de Elías. San Juan, 3, 5-6, pone de boca de Jesús: «En verdad, en verdad, te digo, si uno no nace del agua y del espíritu no puede entrar en el reino de los cielos. Lo nacido de la carne, es carne; y lo nacido del espíritu, es espíritu.» También san Juan, 3, 12...: «A aquel que venza convertiré en un pilar del templo de mi Padre, y ése no volverá a salir nunca más.» Sí, Patricia. Ciertamente son muchos los ejemplos. Tantos como las diferentes interpretaciones que se puede dar de ellos.

—Estoy muy aturdida, Warren. Y tengo miedo. Mucho miedo.

—Nada debes temer. Esas últimas palabras de tu madre, pronunciadas ya con la mente nublada por la proximidad de la muerte, no son para tener en consideración. Ella quería vivir. Estaba dando á luz una nueva vida... a cambio de la suya. Y no se resignaba. De ahí que dictara aquella orden al

doctor. Dominada por la desesperación. Tu madre murió, Patricia. La tal Carol Hutton no es ninguna amenaza. No es la reencarnación de tu madre.

—Sí lo es, Warren. ¡Lo es!

Gowland respiró con fuerza.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Okay. Supongamos que es la reencarnación de Carol Merrill. De tu madre. ¿Por qué iba a querer matarte? ¿Sólo por haber pronunciado aquellas dos palabras en un momento en que se resistía a cruzar los umbrales de la muerte? Fueron originadas por la desesperación y la angustia. Por su horror al Más Allá.

—Ella me lo ha dicho, Warren. Ella misma me ha sentenciado.

—¿Quién? ¿Carol Hutton?

—Sí. Me lo dijo el mismo día de su llegada a Chasesville. Me amenazó con la más espeluznante de las muertes, asegurando que no marcharía sola al infierno. Que otros me acompañarían. Que estaba allí para cumplir la venganza del Hermano Piedra.

—¿Hermano Piedra?

—No quiso explicarme más, Warren. Yo ignoro el significado de todo esto, pero tengo miedo. Hablé con mi padre y no me hizo caso. Está entusiasmado con... Carol. Revive su amor de antaño. Conversa con ella recordando cada momento de lo acontecido entre él y mi madre. Incluso está dispuesto a volver a casarse con ella.

Gowland sonrió.

Algo forzadamente.

—¿Volver a casarse con ella? No, Patricia. Sería un nuevo matrimonio. El primero fue con Carol Merrill. Ahora sería con Carol Hutton.

—Una misma persona... y dos cuerpos distintos. ¡Oh, Dios! —Patricia ocultó momentáneamente el rostro entre sus manos. Al descubrirlo posó sus atemorizados ojos en Gowland—. Es horrible, Warren... resulta alucinante el convivir con ella... Está en nuestra casa. Comportándose como la esposa de Donald Merrill. Dominando a mi padre... le ha convertido en un pelele... Yo nada puedo hacer, Warren. Mis quejas y temores son mal interpretados por mi padre. Dice que estoy celosa de Carol y que todas mis acusaciones son falsas... Ni tan siquiera la horrible muerte de Arthur Kidder la ha hecho cambiar de opinión.

—¿La muerte de...?

—Arthur Kidder. Era el enterrador de Chasesville.

—¿Qué tiene que ver con la supuesta reencarnación de Carol Merrill?

—Lo ignoro, Warren; pero sí que guarda alguna relación. Lo presiento. Desde la llegada de esa mujer ocurren cosas muy extrañas en Chasesville. Y una de ellas fue la muerte de Arthur Kidder. Apareció en el cementerio. Una muerte monstruosa, Warren... Horrible...

—¿Cómo ocurrió?

Patricia enmudeció unos instantes.

Tragó saliva.

Sin duda haciendo acopio de valor.

—Le aplastaron la cabeza, Warren. Apoyada en una de las lápidas, y con una piedra, le hundieron el cráneo hasta reventarle los sesos que salpicaron la losa. Su rostro quedó irreconocible. Convertido en una masa sanguinolenta y deforme.

CAPITULO IV

Patricia depositó el vaso sobre la cercana mesa mientras pasaba la punta de la lengua por los húmedos labios.

—¿De verdad no quieres comer algo, Patricia? No tengo gran cosa, pero un par de sándwiches...

—No, Warren. Este zumo de naranja me ha reanimado.

—¿Te preparo otro?

La muchacha sonrió.

Dulcemente.

—No, Warren... Te estoy muy agradecida por tus cuidados y por tu... paciencia.

—Tu caso me interesa y preocupa, Patricia. Si no te has dejado llevar por la fantasía o por una imaginación desmesurada puede que estemos ante un fenómeno de reencarnación.

—¿Me ayudarás, Warren?

—Seguro. Reencarnación, percepción extrasensorial o superchería. Lo descubriré.

El bello rostro de Patricia se iluminó desapareciendo la palidez de sus mejillas.

—Oh, Warren, yo...

—Nada tienes que agradecerme —interrumpió Gowland, con una sonrisa —. Investigo cualquier suceso paranormal que llega a mi conocimiento. No me movilizo por una sola versión del hecho, máxime si procede de un profano, pero contigo haré una excepción.

—No tenía a quien recurrir, Warren...

—Eso es lo que me sorprende. ¿Qué hay de tus amistades en Chasesville? ¿Por qué no has acudido a ellas?

—Todos en Chasesville están directa o indirectamente al servicio de mi padre. Les consta que ha aceptado a Carol Hutton como la reencarnación de su difunta esposa. Y es feliz con ella. Ninguno de Chasesville se atrevería a turbar esa felicidad.

Gowland encendió un cigarrillo.

Asintió con leve movimiento de cabeza.

—Ciertamente es una segunda oportunidad. Volver a vivir con la mujer amada los momentos felices.

—Oh, sí. Y con la ventaja de encontrarla igualmente joven y bella.

Gowland se percató del sarcasmo de la muchacha.

—¿Qué edad tiene tu padre, Patricia?

—Cincuenta y ocho años. No es un viejo, pero sí dobla en edad a la tal Carol Hutton. Siempre fue un hombre duro, casi cruel... y esa mujer lo ha convertido en un muñeco al que maneja a su voluntad.

—Compréndelo, Patricia. Apuesto que tu padre está todavía muy impresionado. Muy pocos tienen la oportunidad de convivir nuevamente con

la difunta esposa. Un cuerpo femenino animado por un espíritu procedente del Mas Allá. Es algo sobrenatural, Patricia. Y todo lo sobrenatural atemoriza e intimida.

—Más que sobrenatural yo lo catalogaría de diabólico.

Gowland entornó los ojos.

—Esa es otra posibilidad. La intervención de Satán.

—¿Hablas... hablas en serio?

Ante la súbita palidez que retornó al rostro de la joven, Gowland se incorporó sin responder a la pregunta.

—Ya es muy tarde, Patricia. Mientras bajamos a Los Angeles y...

—¿Puedo pasar aquí la noche, Warren? —interrumpió Patricia, abandonando también el sofá—. No quiero encerrarme en la habitación del hotel. Llevo varias noches descansando mal. Con pesadillas. En Chasesville la proximidad de Carol, la soledad del hotel tampoco me ayudaría a conciliar el sueño. Por favor, Warren...

—Okay. Tampoco a mí me apetecía salir ahora. Hay dos dormitorios más en el bungalow. Uno con ventana al jardín y con baño privado. El otro dormitorio, contiguo al mío, comparte el baño. ¿Cuál prefieres?

—Cerca de ti, Warren.

Se miraron a los ojos.

Gowland fue el primero en desviar la mirada.

Empezaba a tener malos pensamientos.

—Sígueme, Patricia. ¿Cuándo regresas a Chasesville?

—Mañana. Estoy aquí con la disculpa de visitar a una amiga. Esperaba convencerte en cuestión de horas.

Rieron al unísono.

—Lo has hecho, Patricia.

—También tenía mis dudas. ¿A quién acudir? ¿Un psicólogo, un psiquiatra, un médium...? Cuando casualmente leí tu artículo no vacilé. Tú eras el hombre adecuado. No sólo por tus conocimientos de la materia, sino por el amor a la aventura que se delataba en tus novelas. Yo no quería recibir un vulgar consejo. Deseaba que se investigara el caso acudiendo al lugar de los hechos.

Penetraron en una de las habitaciones.

—Has corrido un gran riesgo, Patricia. ¿Has oído hablar, de Gary McColins? Es el autor de novelas de amor más popular de Estados Unidos. Su romanticismo hace suspirar a jovencitas y maduras que sueñan en McColins como el príncipe encantador. Yo le conozco. Gary McColins, el creador de las más bellas historias de amor, es el presidente del Club Gay de San Francisco.

Patricia rió en cantarina carcajada.

—Te burlas de mí...

—Nada de eso, Patricia. Igualmente pudo ocurrir conmigo. Un viejo caduco aferrado a su sillón y sin deseos de aventura.

—Lo de viejo lo descarté. En la contraportada de tu última novela está tu

fotografía.

—Muy astuta —Gowland abrió la puerta que conducía al baño—. Puedes utilizarlo con libertad, Patricia. Yo ya he tomado una ducha. Hay una manta en la cama, ¿suficiente?

—Sí, Warren, pero necesitaré... Con una chaqueta de pijama tuya solucionaré el problema.

—Al momento.

Warren Gowland, en el cuarto de baño, abrió la otra puerta que comunicaba con su habitación.

De uno de los cajones inferiores del armario extrajo una rectangular caja.

Se la ofreció a la joven.

—Aquí tienes, Patricia. Un pijama sin estrenar.

La muchacha levantó la tapa.

Un pijama de seda natural color granate.

—Con la chaqueta será suficiente —sonrió Patricia retornando la caja—. ¿Cuándo piensas marchar tú a Chasesville?

—También mañana. Una vez celebrado el estreno de la película no tengo ningún otro compromiso social.

—Podemos ir juntos en mi auto.

—No, Patricia. Llegaremos cada uno por un lado. Como dos desconocidos.

—Pero...

—Déjame hacer a mí, ¿de acuerdo?

—Sí, Warren.

—Buenas noches.

—Buenas noches...

Warren Gowland cerró la puerta del cuarto de baño.

Abandonó el dormitorio acudiendo al despacho biblioteca. Allí, en un mueble que ocupaba casi toda una pared, se alineaban cuidadosamente infinidad de libros. Algunos de ellos en papel pergamino. Verdaderos incunables.

Seleccionó dos gruesos tomos.

Al retornar a la habitación le llegó el sonido del agua procedente del contiguo cuarto de aseo.

Imaginó a Patricia sumergida en la bañera.

Gowland sacudió la cabeza depositando los libros sobre la mesa de noche.

Procedió a desnudarse.

También con un pijama de seda se tumbó sobre el confortable lecho. Se disponía a coger uno de los libros, pero interrumpió el iniciado ademán.

Se estaba abriendo la puerta que comunicaba con el baño.

Apareció Patricia.

La chaqueta del pijama le llegaba a mitad del muslo.

Avanzó lentamente hacia el lecho.

Ante el estupor de Gowland comenzó a desabotonar la chaqueta del pijama. La abrió mostrando la desnudez de su joven cuerpo.

Ninguna otra prenda.

Los senos erguidos y desafiantes. La cintura estrecha en contraste con la curva de las caderas. Los muslos largos, esbeltos...

—No estás obligada a nada, Patricia. Quiero ayudarte sin...

Patricia había dejado caer la chaqueta a sus píes.

Se inclinó sobre Gowland.

Con los brazos extendidos.

Aproximando sus entreabiertos labios.

—Quiero estar contigo, Warren. Eso es todo. Nada de los demás importa ahora. Nada. En este momento sólo tú y yo...

Gowland no respondió.

No con palabras, pero sí sus brazos rodearon el cuerpo femenino atrayéndolo contra sí.

Besó los entreabiertos labios de Patricia.

Giró colocando la cabeza de la muchacha sobre la almohada.

Sin interrumpir el apasionado beso.

Sí.

Aquel momento era de ellos.

Y lo disfrutarían al máximo.

Ajenos al terror que les esperaba en Chasesville.

CAPITULO V

El rostro de Donald Merrill tenía el color de la terracota. Facciones duras. El cabello, aunque ya gris, abundante. También sus cejas eran pobladas. Los ademanes, rudos y violentos, a juego con su iracundo carácter.

Era un hombre acostumbrado a imponer su voluntad.

Sin importarle la de los demás.

Sin sentimentalismos.

Así había sido educado por su padre.

Y Donald Merrill fue digno sucesor.

—¿Cómo está tu amiga Judith?

Patricia demoró unos instantes la respuesta a su padre.

La presencia de Carol, la mirada de aquella enigmática mujer, la turbaba.

—Bien, padre. Me ha dado recuerdos para ti.

—¿De veras?

Donald Merrill se limpió la boca con la servilleta a la vez que se levantaba avanzando hacia su hija.

El movimiento fue veloz.

Su diestra se estrelló violentamente contra la mejilla izquierda de Patricia.

La bofetada resonó con fuerza en el salón.

—¡No me mientas jamás, Patricia! —vociferó Merrill—. ¡Detesto a los mentirosos! ¿Dónde has estado?

El trallazo había hecho retroceder a la muchacha.

A sus ojos asomaron unas lágrimas que difícilmente logró contener.

No quería llorar.

No quería llorar delante de aquella mujer.

Carol Hutton, sentada a la mesa, contemplaba con indiferencia la escena. Sus verdes ojos, de fría y siniestra mirada, fijos en Patricia.

—¡Responde, maldita sea! —gritó nuevamente Donald Merrill—. ¿Dónde has estado?

—Pensaba... pensaba ir a casa de Judith, pero luego desistí. No me encontraba con ánimos. Pernocté en un hotel de Los Angeles.

—¿Sola?

—Sí.

—Lo averiguaré, Patricia. Y si has vuelto a mentirme te arrancaré la piel a tiras. ¡Ahora vete a tu habitación!

Patricia obedeció mansamente recogiendo del suelo un pequeño neceser.

Donald Merrill retornó junto a la mesa, aunque sin ocupar nuevamente la silla.

—La muy... Seguro que ha estado con un fulano en ese hotel. ¿Me equivoco?

Carol sonrió.

Sus labios eran extremadamente carnosos.

Sensuales...

Entornó los ojos.
Aquellos ojos verdes.
Casi transparentes.
Sin brillo.
Como carentes de vida.
Una mirada que producía escalofríos.
Una mirada más poderosa que toda la sensualidad expresada en su rostro.
—¿Me lo preguntas a mí, querido?
—Tú lo sabes todo, Carol. Apenas oír llegar el auto de Patricia te comenté que ya regresaba de visitar a su amiga Judith. Y tú respondiste que no había estado con Judith.
—Intuición femenina.
—No, Carol... Has llegado del pasado y apuesto que puedes ver el futuro.
—¿Acaso quieres conocer el tuyo?
Donald Merrill dio un respingo.
Como si hubiera descubierto un escorpión sobre la mesa.
—¡No, diablos...! Prefiero ignorarlo, aunque estando tú otra vez a mi lado se adivina muy feliz.
Carol se incorporó.
Lucía una larga bata de seda anudada a la cintura.
Sin hacer comentario alguno abandonó la estancia introduciéndose en una de las habitaciones.
Merrill fue tras ella.
—Tengo que desplazarme a San Francisco, Carol. Haré el viaje en la avioneta. ¿Me acompañas?
—Prefiero quedarme en Chasesville. No me gusta salir de aquí. ¿Cuándo regresarás?
—Posiblemente esta misma noche.
Carol abrió el longitudinal armario de doble hoja.
Descolgó un vestido que colocó sobre la butaca del boudoir.
Se despojó de la bata.
Los ojos de Donald Merrill se empequeñecieron hasta casi quedar ocultos por las pobladas cejas.
Devorando lujuriosamente el cuerpo femenino.
Aún no se había saciado de ella.
Imposible saciarse de una mujer como Carol.
Se sentó al borde del lecho.
Con un minúsculo slip de encaje por toda vestimenta.
Sus senos eran opulentos.
Firmes.
Coronados por saliente pezón rosáceo.
El vientre formaba suave curva.
Por encima del elástico del reducido slip asomaban sedosos cabellos ensortijados.

Enfundó una media de nylon en su pierna derecha.
Tensándola sobre el largo y esbelto muslo.
—Déjame, Donald...
Merrill se había arrodillado a sus pies extendiendo los brazos para abarcar la cintura femenina.
—Me enloqueces, Carol... Eres como una diosa... tus piernas... tus pechos...
Donald Merrill deslizó las manos por los muslos femeninos subiendo hasta alcanzar los prominentes senos que difícilmente logró abarcar.
—Ahora no, Donald... déjame...
Merrill hizo caso omiso.
Se abalanzó sobre Carol reclinándola en el lecho.
Clavó sus dedos en los senos de la mujer estrujándolos una y otra vez.
Aplastándola con su cuerpo.
Sus labios buscaron ávidamente la boca de Carol.
Se ladeó para poder introducir su diestra bajo el elástico del slip.
Cuando se disponía a deslizar la prenda fue violentamente rechazado.
—¡Aparta...!
—Eres mía, Carol —jadeó Merrill, aferrándose de nuevo a la mujer—. Me perteneces. Eres Carol Merrill... ¡Mi esposa!
—Correcto, Donald. ¿Piensas violarme otra vez?
Merrill, que en aquel momento hundía su rostro entre los senos femeninos, quedó inmóvil.
Lentamente alzó la cabeza.
Enfrentando sus ojos a los de Carol.
Todo su ardor fue reemplazado por un súbito escalofrío que le recorrió la espalda.
—¿Por qué has dicho eso?
—Me haces daño, Donald. Pesas demasiado.
Merrill se hizo a un lado.
—¿Por qué lo has dicho, Carol?
—¿Acaso no es cierto? No puedes haberlo olvidado, Donald. Hace veintitrés años. En el almacén de mi padre. ¿Recuerdas a mi padre, Donald? Pobre viejo cobarde... Salió de la tienda dejándome a tu merced. Y allí, sobre unos sacos, como a una perra, me ultrajaste.
—No era tu cuerpo el que...
Carol interrumpió en desaforada carcajada.
Una risa que hizo enmudecer a Merrill.
—Por supuesto que no, querido. Creo que no acabas de asimilarlo. Yo soy Carol Merrill. Tu... amada esposa. ¿Mi cuerpo? Ya ha sido pasto de los gusanos, Donald. Puedes comprobarlo abriendo mi ataúd. Me he reencarnado en Carol Hutton. Utilizo su cuerpo, pero yo soy Carol Merrill. ¡La muchacha que tú violaste!
—Carol..., olvida eso. Reconozco que me comporté mal contigo y con... —

Merrill se interrumpió esquivando los ojos de la mujer. Tras fugaz pausa añadió—: Has regresado desde el Mas Allá. El hecho, sobrenatural e incomprensible para mí, de reencarnarte en Carol Hutton y acudir a mi lado significa que deseas compartir conmigo la vida que te fue arrebatada. También yo lo quiero. Ya te he dicho que incluso estoy dispuesto a casarme contigo.

—Estamos casados, Donald.

—Quiero decir... ¡Maldita sea! —Merrill sacudió la cabeza—. Tú, para efectos legales y burocráticos, eres Carol Hutton. Así consta en tus papeles. No puedo presentarte como mi difunta esposa.

—¿Acaso no lo soy?

—Sí, pero... ¡Cielos! No sé cómo...

—Tranquilo, querido —sonrió Carol tomando el vestido—. Te comprendo y agradezco el ofrecimiento. Siempre has sido un... caballero. Recuerdo que a las pocas semanas de violarme me solicitaste en matrimonio.

—¿Por qué sacas a relucir los malos recuerdos?

Carol se retocó el cabello frente al espejo del boudoir.

—Nuestro matrimonio duró ocho meses, Donald. Hasta el nacimiento de Patricia. Ocho meses. Y no recuerdo ningún momento grato.

—Lo sé, lo sé... tú me odiabas, pero ahora todo será distinto. Te colmaré de felicidad. Todo cuanto quieras... Joyas, pieles, vestidos.

—Ya que mencionas eso —Carol cogió un bolso de mano—, ¿cuánto dinero has ingresado en el banco?

—Veinticinco mil dólares. A tu nombre. Al de Carol Hutton, por supuesto. El banquero Garner ya está al corriente de mis órdenes. Te entregarán tu talonario de cheques.

—Voy a necesitar más dinero, Donald.

—Eso es sólo un primer ingreso.

Carol se encaminó hacia la puerta.

—Feliz viaje, querido.

—Carol... ¿no me das un beso?

La mujer sonrió.

Lentamente avanzó hacia Donald Merrill.

Le echó los brazos al cuello entreabriendo los labios.

Fue un largo beso.

Marcadamente lascivo.

Donald Merrill sintió que la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes.

Percibía el cuerpo de Carol pegado al suyo.

El calor.

El fuego de sus labios...

Inconscientemente imaginó estar entre las llamas del Averno.

No iba muy descaminado.

CAPITULO VI

La industria conservera es una de las principales fuentes de riqueza de Los Angeles y de otras muchas ciudades vecinas.

Y en Chasesville uno de los más florecientes exponentes.

Una ciudad que prosperaba día a día.

La Merrill Company ocupaba una inmensa explanada en las afueras de Chasesville. Compradores de California y de otros estados acudían diariamente. Dos magníficos hoteles y buen número de hostales ofrecían cobijo a los forasteros. También encontraban diversión en las discotecas, algún que otro night-club y otros lugares más discretos de esparcimiento.

Sí.

Chasesville era una localidad próspera.

Dos horas de tranquilo viaje trasladaron a Warren Gowland desde Los Angeles a Chasesville.

Primeramente por la autopista de San Bernardino y luego por la comarcal.

Conduciendo su deportivo «Melkus» pudo haber realizado el recorrido en la mitad del tiempo, pero no tenía ninguna prisa por llegar.

Patricia, que había salido mucho más temprano, ya estaría en Chasesville.

El sólo pensar en la muchacha hizo que una sonrisa asomara al rostro de Warren Gowland.

Había conocido a muchas mujeres, pero ninguna como Patricia Merrill.

Una joven extraña, bella, dulce...

En otras circunstancias hubiera hecho caso omiso a la fantástica historia de la reencarnación de Carol Merrill.

Jamás se guiaba por una sola versión.

Estaba allí por Patricia.

El auto circulaba ya por la Cordy Avenue.

Una de las principales calles de Chasesville.

Estacionó el vehículo en el parking del Adelphia Hotel. Despertando la admiración de unos niños que jugaban en el cercano parque.

El «Melkus RS 1000» era un aerodinámico coupé de dos puertas e igual número de plazas. Motor de tres cilindros en línea, tres carburadores, caja de cambios manual de cuatro velocidades, suspensión por ruedas independientes... Un magnífico deportivo de fabricación alemana.

Warren Gowland, con un portafolios en la diestra, penetró en el hotel.

El recepcionista le recibió con cordial sonrisa.

—Buenas tardes, señor. ¿Habitación?

—Ahá.

El conserje abrió el libro de registro.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer con nosotros, señor?

—Lo ignoro —replicó Gowland, firmando en el libro—. Uno o dos días. Tres a lo máximo.

—Habitación 408.

—No voy a subir ahora. Lleven mi maletín a la habitación.
—Muy bien, señor.
Warren Gowland abandonó el establecimiento encaminando sus pasos hacia un snack de la Cordy Avenue.
El local, en aquellas primeras horas de la tarde, contaba con nula clientela.
Tras el mostrador una mujer de exuberantes curvas mordisqueaba aburrida una pastilla de *chewing gum.*
Un individuo pulsaba frenético los mandos de una máquina tragaperras.
—¿Qué le sirvo, forastero?
Gowland sonrió a la mujer.
—Tu pregunta me recuerda a una película de Gary Cooper.
—¿De veras? Seguro que la he visto. Gary era mi favorito;
—Tomaré un «Manhattan», pero no me gusta beber solo.
El rostro de la mujer se animó.
—Eso tiene fácil solución. Me ventilaré un *gin-tonic* a tu salud.
Warren Gowland desvió la mirada hacia el individuo de la máquina tragaperras.
—¿Quiere acompañarnos, amigo?
—¡Seguro! —exclamó el individuo concluyendo la partida al atizar una patada a la máquina—. Sírveme un whisky, Stella.
Gowland ofreció su cajetilla de tabaco.
Encendieron sendos cigarrillos.
—¿De paso en Chasesville?
—Pernoctaré aquí —dijo Gowland—. Soy periodista.
El individuo vació el vaso de whisky de un solo golpe.
—¿Periodista? Dudo que encuentre aquí noticias de interés, hermano. Esta es una ciudad muy tranquila, ¿verdad, Stella?
La mujer corroboró ahogando un bostezo.
—A eso de las cinco, cuando salen los trabajadores de Ia Merrill Company, empieza a animarse un poco el ambiente.
—Me informaron de un asesinato —comentó Gowland, con aparente indiferencia—. Un tal Arthur Kidder.
—Ah, sí... Pobre Arthur. Sin duda sorprendió a algún profanador de tumbas y le machacaron la cabeza. ¿Estás aquí por la muerte de Kidder?
—No digas tonterías, Stella —rió el individuo—. Arthur Kidder no tenía perro que le ladrara. ¿A quién diablos le puede interesar su muerte? Un homicidio puede ser noticia en Chasesville, pero no para desplazar a un periodista de Los Angeles. Viene de Los Angeles, ¿no es cierto?
—Sí.
—Los Angeles es una de las ciudades más violentas de Estados Unidos. Apuesto que no reseña todos los robos, violaciones y asesinatos que se producen diariamente en Los Angeles. ¡Ocuparía toda la edición!
—No exageres, Ralph.
—No lo hace —sonrió Gowland—. Ciertamente en Los Angeles estamos

bien surtidos de asesinatos, pero yo no me ocupo de la sección de sucesos. Mi especialidad es otra. Estoy aquí para escribir sobre la reencarnación de Carol Merrill.

Stella y el llamado Ralph intercambiaron una rápida mirada.

Ambos borraron la expresión de cordialidad mostrada hasta el momento.

Tras unos instantes de tenso silencio, reaccionó Ralph.

—Ignoro de qué habla, hermano.

—También yo —dijo Stella, rápidamente.

—¿No conocen a Carol Merrill?

—La señora Carol Merrill murió hace ya muchos años. Y el señor Donald Merrill no volvió a contraer matrimonio.

—Sí, lo sé; pero ahora ha surgido una mujer que asegura ser la reencarnación de Carol Merril!. Incluso está viviendo con el señor Merrill.

—Gracias por el whisky. Adiós.

Ralph abandonó a grandes zancadas el local.

Warren Gowland le siguió con perpleja mirada para seguidamente posar sus ojos en la mujer.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Le he molestado en algo?

Stella forzó una sonrisa.

Sus manos sostenían el vaso con un imperceptible temblor que no pasó ajeno para Gowland.

—Ralph es muy arisco. No le gustan los chismorreos.

—No son chismorreos. Hay una mujer con Donald Merrill, una tal Carol Hutton, que afirma ser la reencarnación de su difunta esposa. Creí que era del dominio público.

—Pues se equivoca. El señor Merrill puede convivir con una mujer o montar un harén. Es asunto suyo. Y los asuntos del prójimo no me incumben. Son diez dólares.

Gowland no hizo ninguna otra pregunta.

Comprendió que allí ya nada tenía que hacer.

Abandonó el snack dedicándose a deambular por la ciudad.

Contempló un supermercado y unos grandes almacenes propiedad de los Merrill Brothers.

También otros negocios.

Donald Merrill y su hermano Rock parecían controlar todo Chasesville.

Warren Gowland siguió haciendo preguntas.

En el puesto de venta de periódicos, en la peluquería donde entró á un innecesario arreglo de pelo, con el limpiabotas, en otro snack, con un taxista...

Ninguna respuesta.

Nadie quería hablar de la reencarnación de Carol Merrill, aunque el tema sí les era conocido.

Podía deducirlo por la expresión de sus rostros.

Y en ellos se reflejaba el miedo.

Gowland se decidió por acudir al domicilio del doctor Dustin Balsam. Este

había conversado con Carol Hutton. La había interrogado para descubrir una posible falsedad, pero quedó convencido de la reencarnación existente.

Sí.

Dustin Balsam era el hombre adecuado.

Se informó del domicilio del doctor.

El 771 de Arkin Street.

Una pequeña casa con jardín.

Warren Gowland pulsó el llamador de entrada.

Al presionarlo la puerta se abrió mansamente.

Emitiendo un agudo chirriar.

—¡Doctor Balsam! —llamó Gowland, asomando la cabeza.

Al no recibir respuesta se adentró en la casa.

El living comunicaba con el salón acondicionado como sala de espera.

En el suelo del pasillo descubrió el viscoso líquido. Un reguero que salía de una cerrada puerta.

Warren Gowland se aproximó.

Parecía...

Sí.

Era sangre.

Giró el pomo de la puerta empujando la hoja de madera.

Warren Gowland palideció.

Sintió que las piernas le flaqueaban mientras que un súbito sudor frío le bañaba el cuerpo.

Se apoyó en el quicio.

Aunque instintivamente apartó los ojos de... aquello, no pudo controlar las náuseas.

Y vomitó.

Tenía motivos para ello.

CAPITULO VII

Dustin Balsam era el médico de los Merrill y jefe del servicio sanitario de la Merrill Company. Y eso hacía que las personas más importantes de Chasesville buscaran también sus servicios.

Podía permitirse el lujo de seleccionar a los pacientes.

Su horario de consulta era muy reducido.

A los sesenta años, y habiendo ahorrado un buen capital, no quería trabajar más de la cuenta.

El ser director sanitario de la Merrill Company, aun declinando el trabajo en los tres médicos a sus órdenes, le quitaba mucho tiempo.

Ahora, tras la mesa escritorio, estaba calculando los beneficios a recibir de los laboratorios Smacks por haber recetado determinado producto a la casi totalidad de la plantilla de Merrill Company.

Dustin Balsam, de por sí ambicioso, con el paso de los años se había convertido en un avaro.

Se reclinó en el sillón giratorio.

En su rostro una mueca de satisfacción.

Del bolsillo superior de la blanca bata extrajo un cigarro que mordisqueó antes de encender.

Fue entonces cuando acusó aquella corriente de aire.

Como si una fría ventisca inundara la estancia,

Semejante al fugaz paso de un invisible ser glaciar.

Y el ruido.

Un extraño zumbido.

—¡Martha...! ¡Martha...! ¿Qué diablos estás haciendo?

No recibió respuesta.

Cuando se disponía a incorporarse del sillón cesó el ruido.

Dustin Balsam profirió una soez maldición.

Dedicada a su esposa Martha.

No era un matrimonio feliz, pero se soportaban mutuamente. Como la mayoría de los matrimonios.

Balsam dio un respingo.

Casi se puede decir que saltó del sillón.

Movió repetidamente los labios, aunque incapaz de articular palabra.

—¿Qué te ocurre, doc? ¿Te has asustado?

Dustin Balsam contemplaba estupefacto a la mujer.

Sentada en uno de los sillones de negro cuero situados frente a la mesa.

Con las piernas cruzadas.

Sonriente.

—¿Cómo... cómo has entrado? No he oído llamar a la puerta de la casa ni abrir la del consultorio.

—Soy un espíritu, Dustin. Puedo filtrarme por las paredes.

—No me gusta ese tipo de bromas, Carol. Ya es suficiente con creer en tu

reencarnación.

Carol amplió la sonrisa.

Desmentida por el siniestro brillo de sus ojos.

—He dejado transcurrir unos días para que lo asimilarás, doc. Quiero que te convenzas de que soy Carol Merrill.

De nuevo el ruido.

Otra vez el sordo resonar que hizo ladear la cabeza de Balsam fijando la mirada, en la puerta que comunicaba con el salón.

—¿Qué diablos...? ¡Martha!

—Deja ahora a tu esposa, doc. Está conversando con un amigo mío.

Balsam empezó a dar muestras de cierto nerviosismo.

La mirada de Carol, el destello de aquellos demoníacos ojos verdes, le producía espeluzno.

—¿Qué quieres, Carol?

—Deberías saberlo, doc. Estoy aquí para saldar cuentas pendientes.

—No comprendo...

—Desobedeciste mi orden, Dustin. Hace veintidós años, cuando me mostraste a Patricia, te ordené que la mataras.

—Ni por un instante tomé esa orden en serio. El parto se presentó con muchas complicaciones. Tú estabas sufriendo lo indecible. Sabías que ibas a morir y te rebelaste. Considerabas a aquella criatura como la culpable de...

—No, doc. Te equivocas por completo. La muerte no me importaba. Tampoco el sufrimiento. Ocho meses de matrimonio con Donald Merrill fueron más que suficientes para conocer padecimientos y anhelar la muerte. La muerte... Una liberador» para mí. La deseaba. Sí, Dustin. Quería morir, pero sin dejar tras de mí rastro alguno de mi unión con Donald Merrill. Aquella niña era el fruto de una violación, no de un acto de amor. Estaba maldita. Al igual que Donald. Tú no obedeciste y pagarás ahora por ello.

El ruido cesó.

Aquello intranquilizó todavía más a Balsam.

—Oye, Carol...

—Te he sentenciado, doc. Vas a morir.

Dustin Balsam quedó con la boca entreabierta.

Parpadeó.

—¿Te has vuelto loca?

—Puede que lo estuviera hace veintidós años. Entre todos contribuisteis a enloquecerme; pero la venganza no es mía, sino de AlIan Fraker. Le recuerdas, ¿verdad? Aquella noche... arrastrándose hasta tu casa... golpeando desesperadamente la puerta para que le socorrieras... Tú le mirabas desde la ventana. Contemplando cómo se desangraba. Tenía una fea herida en el vientre. Un gran boquete. AlIan Fraker se alejó de aquí, pero pronto le dieron caza. Para los perros fue fácil seguir el rastro de su sangre. Y los perros se disputaron a dentelladas las tripas de Fraker. Sí, doc... Yo vi a uno de los perros devorando parte de los intestinos de Fraker.

—Yo quise socorrerle, Carol; pero Donald Merrill me lo había prohibido. Me amenazó con...

—¿Con qué, doc? No, no te amenazó... Sólo temías perder la protección de Donald Merrill. Al igual que todos los habitantes de Chasesville. No había que enemistarse con el todopoderoso Merrill. Te resultó rentable aquel acto, ¿no es cierto? Donald Merrill te recompensó con creces nombrándote director sanitario de la Merrill Company.

—Debes comprender que...

El ruido enmudeció a Balsam.

Un sonido distinto al anterior.

Procedente del salón contiguo.

Algo estaba rodando por el suelo y golpeó contra la puerta.

La hoja de madera se abrió lentamente.

Un individuo de rapada cabeza apareció bajo el umbral. Lucía descolorido pantalón vaquero y chaleco de piel. Sin camisa. Sobre su desnudo pecho colgaba un extraño medallón.

En su diestra una pequeña sierra eléctrica.

Con Ia dentada hoja ensangrentada.

Los aterrados ojos de Dustin Balsam quedaron fijos en algo que yacía a los pies del individuo.

Algo que en principio no identificó.

Como un balón recubierto de sucio pelo, ensangrentado...

El hombre de la cabeza rapada le dio un puntapié.

Y aquello rodó hacia Balsam dejando tras de sí un surco de sangre.

El terror ahogó el alarido que se inició en Dustin Balsam al identificar la cabeza de Martha.

Sí.

Aquello que rodaba hacia él era la Cercenada cabeza de su esposa.

* * *

Los ojos muy abiertos.

Desmesuradamente abiertos.

Casi salidos de las órbitas.

El rostro desencajado en la más alucinante de las muecas de terror.

Los níveos cabellos de Martha ahora pegajosos y teñidos de sangre.

De la cercenada cabeza continuaba manando sangre a borbotones.

Cuando Dustin Balsam reaccionó a aquella espeluznante visión ya era demasiado tarde.

Ya no pudo gritar.

Ni huir.

El hombre de la cabeza rapada, joven y corpulento, se había abalanzado sobre él.

Su mano derecha, semejante a una gigantesca zarpa, se engarfió en torno al

cuello del doctor.

Los dedos no presionaron con fuerza, pero sí lo suficiente para impedir que cualquier grito o demanda de auxilio brotara de la garganta de Balsam.

Carol rió divertida al ver congestionarse el rostro del doctor.

—Puedes colocarlo sobre la camilla, Hermano Tierra.

El hombre de la cabeza rapada obedeció en silencio.

Levantó a Dustin Balsam como si fuera un muñeco de trapo.

Carol había apartado el biombo que ocultaba la camilla y mesa de operaciones.

Se ajustó una bata blanca y guantes de goma para seguidamente rebuscar entre los objetos quirúrgicos depositados sobre una mesa dotada de pequeño esterilizador.

Tomó un rollo de gasa y otro de cinta adhesiva.

—Átale. Yo me encargaré de que no grite.

En efecto.

El método de Carol fue muy eficaz.

Cogió la sierra apoyando la todavía ensangrentada hoja sobre el cuello de Balsam.

El doctor ni tan siquiera se atrevió a tragar saliva.

El Hermano Tierra hizo un buen trabajo.

En pocos minutos inmovilizó por completo a Balsam sujetándole brazos y piernas a la camilla.

También colocó una venda en la frente para inmovilizarle la cabeza.

Carol apartó la sierra.

—¿Qué... qué vas a hacer conmigo? —susurró Dustin Balsam, casi sin voz.

—Demostrarte nuestros sentimientos humanitarios, doc. Tú te negaste a ayudar a AlIan Fraker, no obstante yo voy a curarte la úlcera.

—Estás... estás loca...

Carol sonrió aproximando la mesa de ruedas donde se hallaban los instrumentos quirúrgicos.

—Espero disculpes cualquier posible error, doc. Es la primera vez que...

Dustin Balsam gritó, pero la mujer esperaba aquella reacción.

Con rapidez introdujo un pedazo de algodón en la boca del doctor.

Y otro más.

Y otro...

Hasta llenar la boca desencajándole la mandíbula.

Dustin Balsam empezó a debatirse presa de indescriptible horror, pero todos sus intentos eran vanos.

Ni tan siquiera podía mover de un lado a otro la cabeza.

Carol se apoderó del más largo escalpelo.

—Bueno, doc... Procedamos a la disección. Es así como se dice, ¿no? Espero no te importe la falta de anestesia. Al hacerlo en vivo tienes la ventaja de no perderte detalle de la operación. Siempre es bueno aprender algo más.

La mujer se inclinó sobre el aterrado doctor.
Acercó el escalpelo.
La satánica sonrisa de Carol contrastaba con el desencajado rostro de Balsam.
Congestionado.
Con los ojos desorbitados.
La boca hinchada...
—Descúbrele el pecho, Hermano Tierra. Hasta el vientre.
El hombre obedeció.
Tiró con violencia del cuello de la bata arrancando los botones para acto seguido rasgar la camisa y camiseta de Balsam.
Le quitó el cinturón arrancando igualmente los botones del pantalón.
Carol arrugó la nariz en una mueca de repugnancia.
—El muy... se ha ensuciado encima. ¿Por qué lo has hecho, doc? ¿Tienes miedo? Apuesto que AlIan Fraker también lo tenía. Herido, acosado por todo Chasesville, corriendo con ambas manos en el vientre para sujetarse las tripas... y luego los perros. Sobre él. Hurgando con sus voraces fauces en la herida... Sí, doc... Tú también vas a experimentar el clímax de terror...
Carol hundió la punta del escalpelo tras la oreja izquierda del doctor.
Se escuchó el siniestro chasquido del cartílago al profundizar la afilada hoja hacia abajo recorriendo la mandíbula y garganta.
Un manantial de sangre brotó salpicando la enguantada mano.
La taponada boca de Dustin Balsam no impedía oír el espeluznante sonido de sus roncos estertores.
Carol sonrió feliz.
Complacida por la alucinada expresión reflejada en el rostro de Balsam.
—Tranquilo, doc... Todo va bien... Sigue, atento, ¿eh? Ahora vamos al otro lado.
Prosiguió la incisión recorriendo el otro extremo de la mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja derecha.
La sangre, en principio densa, salpicó ahora con fuerza las bocamangas de la bata.
Carol hundió el escalpelo en la concavidad de la garganta.
Sujetando la hoja con ambas manos inició el descenso.
El cuerpo de Dustin Balsam acusó violentas convulsiones.
Cuando el escalpelo se hundió en su vientre, sobre el ombligo, se escuchó un espeluznante sonido acuoso.
La sangrante hoja realizó un brutal trazo.
Y las enguantadas manos de Carol se hundieron en el abierto vientre.
Ensanchándolo.
Carol empezó a reír como una posesa. La demoníaca carcajada acompañada por el horrísono chapotear de sus manos al remover las vísceras. Fue su diestra la que aferró él riñón retorciéndolo una y otra vez hasta lograr extraerlo y arrojar la viscosa masa sobre el rostro de Balsam.

Volvió a introducir las manos.

Acentuó las carcajadas al extraer los intestinos y colocarlos sobre el pecho de Balsam, tomó el escalpelo para perforar el hígado...

La monstruosa escena era contemplada por el Hermano Tierra con la más absoluta indiferencia.

CAPITULO VIII

Warren Gowland pasó el pañuelo par la boca.

Se encontraba mejor.

Con nerviosos movimientos buscó la cajetilla de tabaco encendiendo un cigarrillo. Tras succionar repetidamente el emboquillado se atrevió a posar de nuevo sus ojos en la camilla.

Sí.

No había duda.

Aquello era un cuerpo humano.

Lo que quedaba de él.

Y en el suelo, junto a una de las patas de la mesa escritorio, una cercenada y sanguinolenta cabeza de mujer.

Gowland sintió que las rodillas seguían flaqueándole. Retrocedió.

Pálido.

No.

No se encontraba mejor.

De nuevo volvía a experimentar náuseas.

Abandonó la casa avanzando a grandes zancadas. Deseando alejarse cuanto antes de allí.

Entró en el primer bar que encontró a su paso.

Un pequeño local de baja categoría.

—Un whisky doble.

Le fue servido el pedido que Gowland vació de un solo golpe.

—¿Me permites, hijo...? No quiero mancharte...

—¿Cómo...? Ah, sí..., perdone... Estaba distraído.

Warren Gowland se hizo a un lado permitiendo que un anciano arrastrara un pesado cubo de desperdicios hacia la salida.

Retornó a los pocos minutos dejando oír de nuevo su cascada voz.

—¡Eh, Paul...! Ya he terminado. Dame una botella de aguardiente.

Paul, situado tras el mostrador, chasqueó la lengua.

—Lo siento, Charles. Ya no puedo fiarte ninguna otra botella. Orden del patrón. Mientras Charles Moore no pague hasta el último centavo no beberá un solo trago. Esas fueron las palabras. El patrón es un poeta.

Charles Moore era un individuo de edad indefinida.

Puede que cercano a los ochenta años.

Vestía una larga chaqueta de piel brillante por la suciedad almacenada y anchos pantalones embutidos en botas de altas cañas.

Su rostro surcado por entrelazadas arrugas reflejó una compungida mueca.

—No puedes hacerme eso, Paul... Eres mi amigo.

—Ya te he dicho que lo siento, Charles; pero ésas son las órdenes.

—¡Maldita sea tu estampa...! ¡Malditos sean tus muertos...! ¡Rata asquerosa! ¡Hijo de perra sifilítica! Paul asintió con un movimiento de cabeza.

—Todo eso me parece muy bien, Charles; pero sigo sin poder darte la

botella.

El anciano, tras resoplar ruidosamente, se acercó conciliador.

—No quería insultarte, Paul. Es mi carácter, ya sabes... Oye, ahora tengo un empleo fijo.

—Sí, lo sé. Vas a ocupar la plaza de Arthur Kidder.

—Correcto. Con el primer fulano que entierre pagaré mi deuda. Incluida la botella de hoy.

—No, Charles.

—¡Vete al infierno, bastardo!

El anciano abandonó el local acompañado de un florido repertorio de epítetos hacia Paul y su familia.

A poca distancia estaba el destartalado camión de reducida capacidad.

Repleto de restos de comida.

Charles Moore, con una agilidad impropia de su avanzada edad, subió a la cabina carente de portezuelas.

Al tercer intento logró poner el motor en funcionamiento.

—¡Eh, abuelo...!

—¿Sí?

—Tu botella de aguardiente.

Moore entornó los ojos acentuando las arrugas de su rostro.

Fijando la mirada en Warren Gowland.

—¿Me la ha dado Paul?

—No. Es un regalo mío.

—¿Cuál es tu nombre, hijo?

—Puedes llamarme Warren.

—Okay, Warren. Tengo ya muchos años y la vida me ha enseñado que nadie regala nada. ¿Qué quieres a cambio de la botella?

—¿Vas ahora al cementerio?

—Pasaré por delante de él. Tengo mi pocilga a poca distancia del cementerio.

—La botella de aguardiente a cambio de llevarme al cementerio.

Charles Moore rió divertido.

—hora está cerrado, hijo. Ya está anocheciendo.

—Pero tú debes tener la llave. Eres el nuevo enterrador, ¿no?

—Cierto. Lo había olvidado. Aún no me he estrenado, ¿sabes?

—Pronto lo harás.

—Lo dudo. En Chasesville se goza de muy buena salud. Debe ser por la fábrica de Merrill. Nos conservarnos muy bien —»Moore rió ahora en estridente carcajada—. Un buen chiste, ¿eh, hijo?

Gowland, misericordioso, lo premió con una sonrisa.

Se acomodó en la cabina.

El vehículo inició la marcha.

Con estruendo.

Un ruido que no sólo procedía del motor. La destartalada carrocería

parecía próxima a caer. Algunas piezas, tales como los faros y guardabarros, ya estaban sujetas por cuerdas y cinta aislante.

Warren Gowland, bailando sobre el asiento, fingió asombro.

—Es maravilloso... ¡Funciona!

—Prodigios de la ciencia, Warren —dijo el anciano, siguiendo la ironía—. Tú no eres de aquí, ¿verdad? Yo conozco a todos los habitantes de Chasesville. ¿Qué se te ha perdido en este villorrio?

—Hago turismo.

Moore rió a carcajadas.

Descorchó la botella escupiendo el tapón.

Se atizó un largo trago.

Todo ello sin descuidar la conducción del vehículo.

—Me resultas simpático, hijo. Tienes sentido del humor. Algo difícil de encontrar en estos tiempos. ¿Cómo te ganas los garbanzos?

—Soy escritor.

Moore hizo una mueca.

—¿Y de eso se come?

—Algunos. Muy pocos. Yo soy uno de los elegidos. ¿Y tú, abuelo? ¿A qué te dedicas?

Charles Moore señaló con el pulgar de la zurda hacia atrás.

—Ya puedes verlo. Bueno..., más bien olerlo. Esos desperdicios de comida son para mis animalitos. Adoro los animales. Tengo una pequeña casa a un par de millas al norte de Chasesville. Casi lindante con el Sokol Desert. Me gusta la soledad. Con la sola compañía de mis ocho cerdos y veinte gallinas. Es maravilloso contemplar el atardecer en Sokol Desert. El sol ocultándose tras el horizonte me dedica sus últimos rayos rojizos. Sentado bajo el porche quedo adormecido, arrullado por el gruñir de los marranos...

—Muy romántico.

—También tú eres un espíritu sensible, ¿eh, Warren?

—Seguro.

Rieron al unísono.

—Bueno, abuelo. ¿Hablamos en serio?

—Lo he hecho. ¿Acaso te sorprende?

—Sinceramente. Chasesville es una ciudad industrial, próspera... Apuesto que encontrarías un trabajo más placentero que el criar cerdos en una solitaria casa.

—Es posible, pero prefiero la compañía de los cerdos.

Gowland intuyó una cierta amargura en la voz del anciano.

Ya habían dejado atrás las últimas casas de Chasesville.

Las sombras de la noche hacían su aparición.

—Ahí tenemos el cementerio —dijo Moore señalando la colina—. No hay cipreses. Es un cementerio triste.

—Todos lo son.

—Te equivocas, hijo. Los muertos también saben divertirse.

Gowland fijó su mirada en el anciano.
Un tipo muy curioso.
Los faros del vehículo iluminaron parte de la muralla del camposanto.
En efecto no había cipreses. Ningún árbol sobresalía de la muralla.
—Si buscas la tumba de algún familiar te resultará difícil, Warren. La oscuridad se extiende con rapidez.
—Con tu ayuda será sencillo.
—Conozco a la mayoría de los vivos de Chasesville, pero no a los muertos.
Charles Moore detuvo el camión.
Abrió la maleta de herramientas sacando una linterna.
—Maldita sea... Mucho trabajo por una simple botella de aguardiente. ¿A quién buscas?
—La tumba sobre la que machacaron la cabeza de Arthur Kidder.
El anciano quedó inmóvil.
Con el brazo derecho extendido hacia la maleta.
Reaccionó dejando nuevamente la linterna.
—¿Qué ocurre, abuelo? ¿También tú tienes miedo a Donald Merrill?
Las acartonadas facciones de Moore se endurecieron.
Empequeñeció los ojos.
—¿Qué diablos tiene que ver Donald Merrill?
—Estoy aquí para investigar un posible caso de reencarnación. La reencarnación de Carol Merrill. No sabes nada de eso, ¿verdad?
—Algo he oído. Me lo comentó la propia hija de Donald Merrill.
—¿Patricia?
—¿Conoces a Patricia?
—Por ella estoy aquí. Para ayudarla.
—¡Condenación...! ¿Por qué no lo has dicho antes? También yo quiero ayudar a Patricia y apartarla de la horrenda maldición que pesa sobre ella.
—¿De qué estás hablando, abuelo?
Charles Moore, por toda respuesta, cogió nuevamente la linterna descendiendo de la cabina.
No olvidó la botella de aguardiente.
—Sígueme, Warren.
El anciano avanzó hasta la enrejada puerta del cementerio. Una gruesa cadena unía dos barrotes mediante un candado.
Moore rebuscó entre los bolsillos de la chaqueta hasta dar con la llave.
Abrió el candado y seguidamente la verja.
Un amplio sendero de hierba destacaba en el cementerio. A izquierda y derecha largas filas de tumbas.
Al fondo los nichos y algún que otro panteón.
Warren Gowland siguió el decidido caminar del anciano.
Aunque auxiliado sólo por la luz de la linterna no dudaba ante los estrechos pasillos de cuidado césped que se cruzaban unos con otros

separando las tumbas.

Moore parecía conocer bien todo aquello.

Se detuvo ante una lápida cercana a la muralla sur.

La enfocó con la linterna.

—¿Fue aquí?

—Sí, muchacho. Aquí mataron a Arthur Kidder. Le machacaron la cabeza hasta casi laminarla sobre la losa. Hubo que separarla con un raspador.

—¿Qué significan todas esas piedras alrededor de la tumba?

Charles Moore dibujó un semicírculo con la linterna.

—Mira las demás, Warren. Todas separadas por una pequeña franja de hierba. Todas... menos ésta.

—¿Por qué?

—Aquí empezaron a brotar pequeñas flores silvestres. Y eso no gustó a Donald Merrill. Ordenó a Kidder rodear la tumba con piedras. Y una de esas piedras sirvió para que le aplastaran la cabeza.

Moore se inclinó apartando algunas piedras hasta descubrir el césped.

—Fíjate, Warren.

Gowland contempló estupefacto las aplastadas flores silvestres.

—Son...

—Sí, muchacho. Las flores siguen brotando a pesar de las piedras.

—¿Quién es el muerto?

Moore se incorporó.

El rayo de nívea luz fue recorriendo lentamente la lápida. Se detuvo enfocando el nombre grabado sobre la piedra. —AlIan Fraker... —leyó Gowland—. ¿Quién era AlIan Fraker?

CAPITULO IX

Charles Moore se sentó sobre una de las frías lápidas.

Después de atizarse un trago de aguardiente palmeó la piedra.

—Siéntate a mi lado, Warren. Quiero contarte la historia de AlIan Fraker. Una historia que nadie en Chasesville se atreve a contar.

Warren Gowland, que mantenía fija la mirada en la tumba de AlIan Fraker, desvió los ojos aproximándose al anciano.

Tragó saliva al verle sentado sobre una de las lápidas.

La de un tal Samuel Davis.

—Prefiero seguir de pie.

—¿Por qué? Ah, comprendo —rió Moore—. Haces mal. A Sam no le importa. Era un buen amigo mío. Eso de temer a los muertos es ridículo, Warren. Los muertos están muy quietos en sus tumbas. Son sus espíritus los que gastan bromas pesadas y...

—Al grano, abuelo.

Moore sacudió la cabeza.

—Sí, tienes razón... La historia de AlIan Fraker se remonta unos veinticinco años atrás, Era la época de los hippies, ¿recuerdas? Aquellos locos que predicaban el amor, las canciones, las flores... Creo que fue a raíz de los hippies cuando empezaron a proliferar las sectas. Algunas inofensivas. Otras, impulsando al suicidio colectivo de sus miembros, extremadamente peligrosas. Hace aproximadamente unos veinticinco años acampó en el Sokol Desert una comuna formada por un extraño grupo. Unos tipos muy curiosos y aparentemente inofensivos. Uno de los componentes de aquella familia era AlIan Fraker. Una vez a la semana se acercaba a un pequeño almacén de Chasesville a comprar los alimentos más imprescindibles. El almacén era un modesto negocio dirigido por Joseph Grodin y su hija Carol. Yo colaboraba con Grodin. Descargando mercancías y desplazándome a las granjas vecinas sirviendo los pedidos. Pronto me percaté de que AlIan Fraker hacía dos visitas semanales. Y poco más tarde eran tres, pero no a realizar compras, sino a ver a Carol.

Charles Moore hizo una pausa.

La aprovechó para bajar el nivel del aguardiente.

Dejó escapar un sonoro eructo antes de proseguir.

—Alguien más se percató de la frecuencia de aquellas visitas. Donald Merrill. El joven heredero de la Merrill Company. El caprichoso e irresponsable Donald Merrill. Babeaba por Carol Grodin, pero sólo era correspondido con desprecios. El que Carol amara a un desharrapado hippie le sacaba de quicio. Estaba obsesionado por Carol. Cierta noche se presentó Donald Merrill en el almacén. Yo estaba amontonando unas cajas ayudado por Joseph Grodin. Me ordenó salir fuera. A los pocos minutos salía también Joseph. Con un fajo de billetes en la mano. Era el pago por dejar a su hija en las garras de Donald Merrill. Cuando oí gritar a Caro! me lancé hacia la

puerta, pero dos hombres de la Merrill Company me apartaron de allí y me dieron una soberana paliza. Dos días más tarde, cuando el joven AlIan Fraker llegó a visitar a su amada, supo lo ocurrido. Ciego de ira fue en busca de Donald Merrill. Había cogido un rifle del almacén. Apenas ver a Donald Merrill apretó el gatillo, pero con muy mala fortuna. Marró el disparo y cuando quiso rectificar ya era demasiado tarde. El sheriff Hough y sus ayudantes se abatieron sobre él. Fue detenido y acusado de intento de asesinato. Nadie en Chasesville daba un centavo por el pellejo de AlIan Fraker. La influencia de Donald Merrill presagiaba una dura sentencia.

Charles Moore quedó en silencio.

Una tenue palidez se acusó en su rostro.

—Sigue, abuelo.

—Oye, Warren...

—¿Sí?

—¿Tú crees en fantasmas? Allí me pareció ver... No, maldita sea. Lo he imaginado —Moore llevó el gollete a los labios—. Sigamos. Donald Merrill, pese a haber conseguido a Carol por la fuerza, no se daba por satisfecho. Todavía la deseaba con más pasión. Puede que realmente estuviera enamorado de ella. Lo cierto es que solicitó su mano. Joseph Grodin, el pobre Joseph, aceptó atemorizado; pero Carol escupió una vez más su desprecio a Donald Merrill negándose a convertirse en la señora Merrill.

La mirada de Moore se perdió en la oscuridad de la noche.

Al callar su cascada voz el silencio era sobrecogedor.

¿Qué ocurre, abuelo?

—Nada... nada... ¿Dónde iba? Ah, sí... El día del juicio contra AlIan Fraker se aproximaba. Fue entonces cuando Donald Merrill decidió jugar nueva baza, prometió a Carol retirar su acusación contra Fraker y su absolución a cambio de la boda.

—Y Carol aceptó.

—Sí. La muy ilusa creyó en la palabra de Donald Merrill. Este exigió celebrar antes del día señalado para el juicio contra Fraker. Fue una boda por todo lo alto. Abundante comida y bebida para todo Chasesville. Incluso el bueno de Donald Merrill hizo que llevaran un trozo de la tarta nupcial a la celda de Fraker.

—Magnífico detalle.

—Digno del bastardo de Merrill. Cuatro días después de la boda, y uno antes al fijado para el juicio de Fraker, unos disparos alarmaron la noche. Junto con el ulular de los coches patrulla recorriendo las calles de Chasesville. El sheriff Hough, mediante el altavoz del auto, alertaba a los vecinos a que permanecieran en sus casas, cerradas las ventanas, puertas y sin abrir a nadie.

—AlIan Fraker se había fugado.

Moore esbozó una amarga sonrisa.

—Sí. Esa fue la versión oficial. Escapó con un balazo en las tripas. El pobre muchacho corría de un lado a otro desesperado. Acosado por el sheriff

Hough y sus ayudantes. Buscó refugio y auxilio en la casa del doctor Balsam, pero no lo recibió. Nadie le abrió la puerta. Escapó de Chasesville, pero no logró llegar al Sokol Desert para reunirse con sus compañeros. Le dieron caza antes. Donald Merrill había ordenado soltar los perros que vigilaban la Merrill Company. Fue algo monstruoso. Los perros, azuzados por el mismísimo Merrill, se ensañaron salvajemente sobre AlIan Fraker. Le despedazaron. Le devoraron las entrañas...

—¿Llegó a verlo Carol Merrill?

—Sí. Y aquello acabó con ella. Quedó como sumida en un letargo. Ajena a todo. Aquel estado melancólico y ausente irritaba a Donald Merrill. Consciente de que era motivado por el recuerdo de Fraker. Los ocho meses de embarazo fueron un auténtico calvario para Carol. Su muerte en el adelantado y trágico alumbramiento, toda una liberación.

Charles Moore guardó silencio.

Dando por concluida su narración.

—¿Esa es toda la historia, abuelo? —inquirió Gowland. Ante el afirmativo movimiento de cabeza del anciano, añadió—: Ci\i que la muerte de Arthur Kidder podía estar relacionada con Carol Merrill.

—Es posible.

—Explícate.

—Yo asistí al entierro de AlIan Fraker. Fui el único. Bueno..., el único de Chasesville. Y eso me proporcionó la enemistad de Merrill para el resto de mis días. ¿Comprendes ahora por qué me dedico a la cría de cerdos? En Chasesville nadie me dio trabajo por temor a las represalias de Merrill. Han sido años muy duros, pero ya me he acostumbrado. Ahora, aunque me nombraran director del banco, me quedo con los marranos.

—¿Qué ocurrió en el entierro de AlIan Fraker?

—Arthur Kidder bajó el ataúd. Empezaba a echar las primeras paletadas de tierra cuando apareció un extraño individuo. El y yo fuimos los únicos en presenciar el entierro. El fulano vestía una larga túnica negra. Como si fuera un monje. Llevaba al cuello un medallón que quitó para arrojarlo a la fosa. Kidder, creyendo que le había caído intentó cogerlo, pero el individuo se Io impidió. Dijo que era un regalo para AlIan Fraker y que... No, no dijo regalo... Dijo nombramiento. Eso es. Que era el nombramiento de Fraker. Arthur Kidder se encogió de hombros y siguió echando tierra.

—¿Recuerdas el medallón? ¿Podrías describirlo?

—Seguro. Lo tuve entre mis manos días más tarde.

Gowland parpadeó.

—Pero... ¿no había sido enterrado junto con Fraker?

—Cierto, pero Kidder era especialista en profanar tumbas. Lo desenterró y vendió a un forastero por diez cochinos dólares.

Warren Gowland desvió Ia mirada hacia Ia tumba de AlIan Fraker.

Arthur Kidder, el doctor Balsam...

Era Ia venganza de Fraker.

Y Carol el brazo ejecutor.

* * *

Charles Moore se rascó ruidosamente la cabeza.

Rió tendiendo el cuaderno y la pluma.

—Se me da muy mal el dibujo, pero el medallón era más o menos así.

—Pásame la linterna.

Gowland enfocó el cuaderno.

Cierto, el dibujo no era una de las cualidades de Moore, aunque aquellos inseguros trazos fueron más que suficientes para Warren Gowland.

Un triángulo invertido y en su interior un círculo de infinitos radios.

—¿Te dice algo, Warren? .

—Es el símbolo de los seguidores de Hersholt.

—¿Hersholt?

—Una secta que adquirió cierta importancia en Estados Unidos. Se fundamentaba en los principios de Grimoire Sol Universal. El creador de la secta fue un tal Buck Hersholt. La maduró después de meditar durante tres meses en el desierto. Buck Hersholt deambuló por toda California pregonando su doctrina. Afirmaba que el hombre, con el solo poder de su mente, podía dominar el mundo. Para los seguidores de Hersholt no existe la muerte, sino una simple pérdida de categoría.

—Seguro. Que se Io pregunten a éstos —dijo Moore, palmeando la losa donde estaba sentado.

—La teoría de Buck Hersholt no es nueva. Y tampoco de las más disparatadas. El hombre consta de tres elementos básicos. El cuerpo físico, el alma inmaterial y un cuerpo astral. Este es un doble etéreo del cuerpo físico. Con la muerte el cuerpo se descompone y el alma queda en libertad, aunque con una forma proporcionada por el cuerpo astral.

—¿Sabes una cosa, muchacho? ¡No entiendo ni torta!

Gowland sonrió.

—Acabo de definir lo que es un espíritu.

—Yo no creo en esas tonterías.

—Los seguidores de Hersholt, una vez muertos, hacen vagar sus espíritus por toda la tierra. Toman nuevamente posesión de un cuerpo físico de menor categoría al anterior.

—¿Dónde diablos has aprendido eso?

—Soy docto en la materia, abuelo. La secta de Buck Hersholt adquirió mucha importancia, pero hace unos quince años cayó en desgracia. Hacía sesiones espiritistas y ofrendas al Hermano Sol. El astro rey era para ellos el símbolo del poder. Una de aquellas sesiones desenfrenó en bacanal, en alucinante orgía... Tres muchachas murieron en circunstancias extrañas. Buck Hersholt fue detenido, juzgado y sentenciado. Creo recordar que le sentenciaron a veinte años de prisión. De los seguidores de Hersholt ya no se

volvió a hablar. Son muchas las sectas que aparecen y desaparecen. Ia mayoría de ellas dirigidas por embaucadores.

—Yo no creo en nada de...

El anciano enmudeció.

Extendió el brazo derecho, gesticulando, aunque sin pronunciar palabra alguna.

Warren Gowland giró sobre sus talones.

Contempló lo que había paralizado a Moore.

También Gowland sintió que quedaba sin respiración.

Las piedras que rodeaban la tumba de Alian Fraker se estaban moviendo.

Se estaban moviendo solas.

Sin que nadie las tocara.

Se deslizaban por el suelo en todas direcciones. Una de ellas, posiblemente la más pesada, comenzó a elevarse lentamente en el aire.

—¡Por todos los...! —reaccionó Charles Moore incorporándose con rapidez—. ¡Larguémonos!

Warren Gowland continuó inmóvil.

Sus ojos trataban de escudriñar la reinante oscuridad.

Como si quisiera descubrir la presencia de un ser invisible.

—¡Maldita sea, Warren! ¡Yo me largo!

El anciano unió Ia acción a la palabra.

A pequeños pero rápidos saltos corrió hacia la salida.

Brincando y tropezando en cuantas tumbas encontraba al paso.

Las piedras cesaron de moverse. La que había levitado fue descendiendo lentamente hasta tomar contacto con tierra.

Warren Gowland se encaminó entonces hacia la salida.

Cerca de la enrejada puerta, en el sendero de césped, estaba la linterna.

Sin duda le cayó a Charles Moore en su vertiginosa huida.

El anciano ya estaba en la cabina del camión accionando una y otra vez el motor.

—¡Sube, hijo! —exclamó Moore cuando finalmente logró hacer funcionar el motor—. Te llevaré hasta la entrada de Chasesville.

—No te molestes, abuelo. Es corto el camino y prefiero caminar. Hace una magnifica noche.

—¡Y un cuerno!

Gowland le arrojó la linterna.

—Creo recordar que no tenías miedo a los muertos, abuelo.

—No me gusta molestarlos. Ya antes, cuando te estaba contando Ia historia de AlIan Fraker, me pareció ver una sombra deslizarse por la muralla del cementerio. Creí que eran imaginaciones mías, pero después del numerito de las piedras... ¡Me largo a casita!

—Ya nos veremos, abuelo.

—¡Eh, Warren...! ¿Y la botella?

—¿Me preguntas a mí?

—¡Maldita sea! ¡Me quedó sobre la tumba de Samuel Davis!

—Puedes ir a por ella. Las piedras ya están quietecitas.

Moore sonrió.

Forzadamente.

—No tiene importancia... La dejaré allí para el bueno de Samuel. A él también le gustaba empinar el codo. ¡Adiós, hijo! ¿Seguro que no quieres que te lleve hasta Chasesville?

—Prefiero caminar.

Charles Moore ya no esperó más.

El camión se alejó con gran estruendo.

Warren Gowland emprendió camino hacia Chasesville. Sus pisadas resonaban sobre el asfalto turbando el silencio de Ia noche.

Se detuvo para encender un cigarrillo.

Y entonces se percató de que las pisadas seguían resonando.

Giró con rapidez.

Allí estaba avanzando hacia él.

Una palabra brotó instintivamente de labios de Gowland:

—Carol...

CAPITULO X

Parecía imposible que una mujer tan bella pudiera inspirar temor.

Aquel rostro sensual, aquellos gordezuelos labios, aquel seductor cuerpo de diosa pagana...

—Lo has adivinado, Warren. Soy Carol Merrill.

Gowland contempló fijamente a la mujer.

Admiró su extraordinaria belleza, pero el destello de los ojos femeninos, aquellos enigmáticos ojos verdes, le hizo estremecer.

—Carol Hutton.

La mujer rió divertida.

Su carcajada se extendió en repetido eco.

—Tú eres el menos indicado para dudar de la reencarnación de Carol Merrill. Estás aquí por mí, ¿no es cierto? Has hecho mal en no acudir directamente en mi busca. Más positivo que deambular por Chasesville haciendo preguntas.

—Me he informado de muchas cosas.

—¿De veras? —la mujer se colgó del brazo derecho de Gowland—. Caminemos, Warren. Te acompañaré hasta Chasesville.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—También yo tengo mis fuentes de información. Más serias que las de Charles Moore. He escuchado tu conversación con el viejo Charles.

—Lo suponía. Sospechaba tu proximidad. La tuya o la de alguien capaz de hacer mover aquellas piedras. ¿Qué esperabas conseguir con eso? ¿Asustarme?

—Es posible.

—No lo has conseguido, Carol. He contemplado infinidad de fenómenos de levitación.

—Estás cometiendo un grave error, Warren. No debes confundirme con un vulgar ilusionista. Mis poderes son sobrenaturales.

Gowland no pareció muy impresionado por aquella afirmación.

Encendió el cigarrillo.

Haciendo gala de una entereza que se esforzaba en mantener.

—¿Es cierta Ia historia contada por Moore?

—Sí.

—Has demorado mucho tiempo tu venganza, Carol. Veintidós años. ¿Por qué has esperado tanto? ¿No había cuerpo disponible para Ia reencarnación?

Carol chasqueó Ia lengua.

—Vuelves a cometer otro grave error, Warren. No debes burlarte de ciertas cosas. Y tú Io sabes. Es muy peligroso.

—No creo en Ia reencarnación de Carol Merrill.

—Ni yo tengo interés alguno en convencerte. Tu opinión me tiene sin cuidado, pero sí me molestan los entrometidos.

—No estoy aquí por ti, sino por Patricia. No consentiré que le ocurra

ningún daño. Ignoro cuál es tu diabólico plan, pero sé que Io has comenzado. Una cruel y monstruosa venganza. Arthur Kidder y los Balsam.

—¿De qué hablas?

—Escucha con atención, Carol —dijo Gowland, fríamente—. Voy a investigar. No Ia reencarnación de Carol Merrill, sino los asesinatos cometidos recientemente en Chasesville. Tú estás involucrada en esas muertes. ¿Por venganza? ¿Por qué iba a vengarse Carol Hutton? Tú no eres Carol Merrill. Ella no poseía poderes sobrenaturales. No podía hacer mover las piedras. Si carecía de esos poderes, ¿por qué los tienes tú? Ello significa que no eres Carol Merrill.

—Los adquirí en el Mas Allá, Warren.

—No me convence esa respuesta. Y buscaré la adecuada. Tengo un punto de partida. La secta de Buck Hersholt. AlIan Fraker pertenecía a ella.

—Esa secta dejó de existir.

—Lo sé. Su fundador está en prisión. He leído algo sobre él. Asombraba con sus poderes ocultos. Era el médium más portentoso de su tiempo. Sus experimentos escapaban a todo razonamiento científico o parapsicológico. Afamados espiritistas llegaron a inquietarse por los poderes de Hersholt. Se llegó a una conclusión que incrementó todavía más la aureola de Buck Hersholt. Se dijo que todos aquellos poderes sobrenaturales le eran otorgados por Satanás. Que Buck Hersholt era un endemoniado. Un servidor del Averno.

Carol sonrió.

Con una dulzura que contrastaba con el brillo de sus verdes ojos.

—Fantasías para justificar la ignorancia.

—Es posible, pero no es mi intención parapetarme tras la ignorancia. Voy a desenmascararte, Carol. Quiero descubrir quién eres realmente y cuáles son tus planes.

—Te aconsejo que me olvides, Warren. Regresa a Los Angeles y sigue tu burguesa vida de escritor fantástico. Continúa inventando historias de fantasmas y de demonios. Inventadas, Warren. Es lo tuyo. Abandonar esa línea puede significar tu muerte.

—¿Me estás amenazando?

Carol volvió a sonreír.

—Tu guión para La barca de Satán está muy logrado, Warren. Esa gigantesca arca de Noé capitaneada por Lucifer llevando los condenados al Infierno... Sí, querido. Muy lograda, aunque te has quedado corto al narrar los horrores en esa travesía hacia el Averno. Si te entrometes en mis asuntos te convertirás en uno de los pasajeros de La barca de Satán. Y no es una amenaza, sino una sentencia.

—No tengo miedo a...

Gowland enmudeció.

Una intensa palidez se adueñó de su rostro.

Pese a la agradable temperatura de Ia noche comenzó a temblar de pies a

cabeza.

No temblaba de frío.

Desmintiendo sus palabras estaba dominado por el miedo. Lanzó incrédulas miradas a su alrededor.

Era el único caminante de la carretera.

Crol había desaparecido.

Evaporada en el aire.

Desaparecida como un fantasma...

CAPITULO XI

Warren Gowland había concluido el afeitado cuando sonaron los golpes a la puerta de la habitación del hotel.

El sol del nuevo día ya iluminaba con fuerza la estancia.

Abrió la puerta.

—Patricia...

—Hola, Warren. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Gowland se hizo a un lado permitiendo el paso de la muchacha.

—Ha ocurrido algo horrible, Warren. El doctor Balsam y su esposa han...

—Lo sé —interrumpió Gowland, acudiendo a la mesa de noche para coger la cajetilla de tabaco—. Creo que fui el primero en descubrir los cadáveres, pero no denuncié el hecho a la policía.

Patricia carraspeó.

—¿Tú...?

—Ayer me dediqué a hacer preguntas, pero sin recibir respuesta. Nadie quería hablar de la supuesta reencarnación de Carol Merrill. Me decidí por interrogar al doctor Balsam. Al entrar en la casa descubrí los cadáveres. No denuncié lo ocurrido al sheriff de Chasesville.

—¿Por qué?

—Dudaba de cuál sería su reacción. Tu padre domina a todos los habitantes de la ciudad, Patricia. Apuesto que el sheriff también está incluido.

—Pero mi padre nada tiene que ver con la muerte del doctor y su esposa.

—¿Has oído hablar de AlIan Fraker?

La pregunta hizo palidecer a la muchacha.

Inclinó Ia cabeza.

Respondió sin atreverse a alzar la mirada.

—Ya conoces la historia, ¿verdad? Tiene gracia. A mí me costó años enterarme de ella; y tú, en cuestión de horas... Sí, Warren. He oído hablar de AlIan Fraker. A los catorce años descubrí la historia que todos trataban de ocultarme. Mi padre cree que Ia ignoro. Hubiera sido mejor desconocerla. No es agradable saber que soy el fruto de un acto de violencia. Que AlIan Fraker, el hombre amado por mi madre, fue fríamente asesinado.

—Escapó de la cárcel y...

—No, Warren. Esa fue la versión oficial dada por el sheriff Hough; pero yo sé la verdad. AlIan Fraker iba a ser juzgado al día siguiente. Conocía el matrimonio de Donald Merrill y Carol. También las condiciones impuestas por ella. Sería absuelto. ¿Por qué escaparse entonces? El propio sheriff disparó simulando un intento de fuga. Cuando iba a ser rematado, AlIan Fraker consiguió salir de las oficinas. Corrió por Chasesville gritando en demanda de auxilio, pero nadie le hizo caso. Su muerte fue horrible.

—¿Sigue el tal Hough como sheriff de Chasesville?

—No. Murió hace varios años. Mejor para él, ¿verdad, Warren?

—¿Qué quieres decir?
Patricia se sentó al borde del lecho.
Sus ojos se nublaron.
Difícilmente contenía las lágrimas.
—Ahora está todo claro, Warren. Ignoro cuál fue el delito de Arthur Kidder, pero sí conozco el del doctor Balsam. Se negó a dar auxilio a Fraker. Y ahora ha pagado con la vida. Se comenta que su cuerpo ha sido despedazado... Es una venganza, Warren. La venganza de Allan Fraker ejecutada por mi... por mi madre. Reencarnada en Carol Hutton. También yo estoy sentenciada. También yo voy a morir.
Gowland acudió junto a la joven.
Rodeó protectoramente los hombros femeninos.
—Tranquilízate, pequeña. Nada te ocurrirá. Yo lo impediré.
—Tú no conoces a... a esa mujer —sollozó Patricia—. Es diabólica.
—La conozco. Ayer hablé con ella. Una conversación muy interesante.
—¿Hablaste con Carol? ¿Cuándo?
—En la noche de ayer. Alrededor de las diez.
Patricia parpadeó repetidamente.
Forzó una sonrisa a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.
—No... no puede ser. A las 9 p.m. llegó mi padre de San Francisco. Telefoneó desde la pequeña pista de aterrizaje situada tras Ia Merrill Company. Dijo que a las diez llegaría a casa. Y así fue. Le vi entrar: Yo estaba en mi habitación.
—Puede que Carol no le esperara. Eran las diez cuando estaba hablando con Carol en la carretera que conduce al cementerio.
El rostro de Patricia adquirió Ia palidez de la azucena.
—¿Estás... estás seguro?
—Totalmente. ¿De qué te extrañas?
—Sonaban las diez en el reloj del salón cuando entré a saludar a mi padre. Estaba tomando una copa de champaña. Se Ia acababa de servir Carol.
Gowland quedó en silencio.
Aquel mutismo acentuó el nerviosismo de Patricia.
—¿No Io comprendes, Warren? ¡Carol estaba allí! ¡Hablando alegremente con mi padre! ¡Bebiendo champaña! ¿Cómo es posible que al mismo tiempo estuviera contigo al otro lado de la ciudad?
—Tal vez no fuera ella —dijo Gowland, deseando tranquilizar a la muchacha.
—Descríbela.
Warren Gowland lo hizo.
Y la palidez de Patricia se tornó cadavérica.
—Ese vestido... ese vestido que acabas de reseñar es el que lucía Carol en el salón.
—Es un fenómeno de bilocación. Aparición simultánea de una persona en dos lugares distintos.

—¡Dios mío, Warren...! ¡Dios mío...! Por favor... Necesito una explicación lógica. Un razonamiento que me haga comprender todo esto.

Gowland aplastó el cigarrillo.

—No hay explicación lógica, Patricia. Los ocultistas dicen que es el cuerpo astral el que abandona el físico y se traslada por su cuenta. Los parapsicólogos limitan la bilocación a simple caso de telepatía. Puede que yo creyera ver a Carol cuando en realidad sólo escuchaba su voz.

—Pero eso...

—Ya te he dicho que voy a solucionarlo, Patricia. Tengo un buen punto de partida. Ahora mismo marcho a los Angeles para recabar datos y hacer algunas investigaciones.

—¿Cuándo regresarás?

Gowland abarcó entre sus manos el rostro de la joven.

La besó en los labios.

—Lo antes posible, Patricia. Confía en mí.

—En nadie más puedo confiar, Warren. Adiós...

—Hasta pronto, Patricia.

La muchacha abandonó Ia habitación.

Con aspecto abatido, resignado... Como si aceptara la sentencia de muerte sobre ella.

CAPITULO XII

La mansión de los Merrill ocupaba una considerable extensión de Pitts Boulevard. Una casa de dos plantas de sólida construcción inspirada en estilos ingleses.

La artística muralla que circundaba la propiedad encerraba un amplio jardín, dos piscinas, pista de tenis, invernadero y parking cubierto con capacidad para una veintena de vehículos.

Determinados puntos de la muralla dotados de *electriceye alarm*. Si un intruso osaba escalar la muralla era de inmediato detectado por el sistema de alarma.

También las puertas, ventanas y demás accesos dotados de estridente equipo *hand alarm*.

A todo lo anterior se unían los cuatro perros alsacianos que en la noche eran liberados de sus cadenas para que deambularan por el jardín en eficaz sistema de vigilancia.

Todo ello era supervisado cada noche por Donald Merrill.

Y aquella noche con mayor minuciosidad.

Entró en la habitación cerrando de violento portazo.

Carol, sentada frente al tocador, le contempló a través del espejo.

—¿Ocurre algo, querido?

Merrill se despojó de Ia chaqueta resoplando furioso.

—El maldito Thompson... Dejó sin conectar la sirena de alarma del parking.

—No sería la primera vez.

—Ha sido la última. Le he despedido. Mañana mismo se largará de aquí.

Carol sonrió mientras peinaba sus largos cabellos que caían majestuosamente sobre los hombros.

—Estás nervioso, ¿verdad?

—Ha sido un día muy agitado —dijo Donald Merrill, ignorando deliberadamente la pregunta—. Discúlpame.

Pasó al contiguo cuarto de baño.

Cuando retornó al dormitorio ya estaba Carol tumbada sobre el lecho.

Sin cubrirse con Ia sábana.

Hacía demasiado calor, aunque Ia vestimenta de Ia mujer no podía ser más vaporosa.

Un minicamisón en gasa transparente.

Los opulentos senos se marcaban pujantes bajo Ia tela.

—Carol...

—¿Sí, querido?

—He colocado veinticinco mil dólares más a tu nombre.

—¿De veras? Eres un encanto.

Donald Merrill se acostó junto a la mujer.

Con ademanes nerviosos tomó una cajetilla de tabaco depositada sobre la

mesa de noche.

Carol le arrebató el cigarrillo de los labios.

—No fumes ahora, Donald. ¿Qué te ocurre?

—Demasiado Io sabes. He visto los cadáveres de Dustin y Martha. Creo que sufriré pesadillas durante el resto de mis días.

—El sheriff Davidson descubrirá al asesino. Es un buen policía. Mejor que el difunto Hough.

—No hay ninguna huella. No han encontrado pista alguna. En Chasesville se sospecha que...

Carol sonrió por la interrupción.

Se ladeó enfrentándose a Merrill.

Aquel movimiento hizo que sus senos se salieran del audaz escote del deshabillé.

—Sigue, Donald. Se sospecha de mí, ¿no es cierto?

—Sí. Los que recuerdan a... a Fraker comentan también que estabas enamorada de él. El doctor Balsam se negó a auxiliarle y ahora tú... ¡Por el amor de Dios, Carol! ¡Dime la verdad! ¿Has sido tú? ¿Qué pretendes?

Carol rió en desaforada carcajada.

—Por el amor de Dios... Extraña invocación en tus labios. Si me lo pidieras por Satanás...

—No es momento de bromas, Carol. Quiero una respuesta. ¿Has sido tú? Quieres vengarte, ¿verdad? ¿También de mí? ¡Responde!

Las manos de Merrill se habían cerrado en torno al frágil cuello de la mujer.

El rostro de Carol no reflejó ninguna sensación de temor.

Sus carnosos labios seguían sonriendo.

—¿Serías capaz de matarme, Donald?

Merrill dudó.

Una fracción de segundo.

—Sí, Carol. Mi vida antes que nada.

—Lo sé, querido. Tú ante todo. Por encima de todos. Apartando a los que te estorban.

—No quiero perderte, Carol. Aún no estoy seguro de que tú... Pero tampoco me importa. ¡Al diablo con los Balsam! Olvida el pasado y disfruta conmigo el presente. Tengo dinero..., mucho dinero.

—Me tienes miedo. Esos otros veinticinco mil dólares que has puesto fueron motivados por la muerte.de los Balsam. Quieres comprarme, tentarme con tu dinero.

—¿Has... has sido tú? —inquirió Merrill, cerrando levemente los dedos sobre la garganta femenina. ¡Responde!

—Suéltame, Donald. No seas estúpido. No puedes matarme. Ya estoy muerta. Tengo una bonita tumba en el cementerio.

El rostro de Donald Merrill comenzó a perlarse de diminutas gotas de sudor.

Sí.
Tenía miedo.
De ahí que tomara una decisión que le desagradaba. Acabar con Carol.
Terminar con aquella pesadilla.
Carol atrajo con la diestra la mano izquierda de Merrill. Sonriendo sensual. Tiró de ella para deslizaría sobre sus desnudos pechos. La presionó contra su seno derecho. La mano de Merrill se aferró a aquella carnosa y cálida protuberancia. Carol se despojó fácilmente de la negligé.
Quedó con un pequeño slip de encaje negro con bordados en rojo.
Se volcó sobre Donald Merrill.
La boca entreabierta.
Su lengua asomando lasciva por entre los húmedos labios. Besó ardientemente a Merrill.
Aplastándose contra él.
Moviendo lujuriosamente su cuerpo.
Donald Merrill cayó en las redes.
Envuelto en el fuego devorador de Carol.
Sus manos se deslizaron por la espalda femenina hasta introducirse bajo el elástico del slip y aprisionar las carnosas nalgas.
Merrill empezó a jadear.
Acusando los lascivos besos de Carol, su rítmico y sensual movimiento de caderas...
La pasión que le dominaba no le impidió oír el ruido. Un seco golpe contra la puerta de la habitación.
—¿Qué... qué ha sido eso?
Carol se hizo a un lado.
Su rostro no delataba emoción alguna.
—¿El qué, Donald?
—Han llamado a la puerta...
—¿De veras? Sin duda tu... nuestra encantadora hija. Donald Merrill saltó del lecho.
Se compuso el desordenado pijama para seguidamente abrir uno de los cajones del armario.
Empuñó una automática «Walther».
Alguien seguía golpeando la puerta de la habitación.
—¿Quién es? —interrogó Merrill.
No recibió respuesta.
Donald Merrill avanzó hacia Ia puerta.
Con la zurda hizo girar el cierre para luego tirar bruscamente del pomo abriendo la hoja de madera.
Sintió algo pegajoso golpear en su rostro.
Retrocedió.
Un instintivo alarido brotó de su garganta.
Con ojos desorbitados por el terror contempló el cadáver que oscilaba

colgado del techo.

Difícilmente le reconoció.

Era Ned Thompson, su mayordomo.

Le habían colgado de los pies.

Una cinta adhesiva taponaba su boca.

La yugular seccionada.

En un brutal tajo que apenas le sostenía la cabeza unida al tronco.

El manantial de sangre brotado de su garganta había teñido en rojo su rostro humedeciendo por completo los cabellos.

El cadáver seguía balanceándose.

Y en uno de aquellos movimientos, ante los horrorizados ojos de Merrill, la cabeza se desprendió rebotando macabra sobre el enmoquetado pasillo.

* * *

Patricia no conciliaba el sueño.

Había estado llorando desde que se encerró en su habitación.

Tampoco había cenado.

Compartir la mesa con Carol era algo superior a sus fuerzas.

La sola mirada de aquella mujer la hacía estremecer. Patricia cerró los ojos.

Ya había agotado lágrimas de angustia y desesperación. Se esforzó en dormir, pero sin resultado.

Ahora era el silencio lo que impedía que conciliara el sueño.

Las aislantes paredes de la casa proporcionaban un silencio sepulcral.

Podía incluso oír los latidos de su corazón.

Unos sonidos secos, intermitentes, en crescendo...

El dormitorio en penumbra.

Los muebles se recortaban como fantasmagóricas sombras. Algo eclipsó el retumbar de su corazón.

Fue el pomo de la puerta al girar.

Patricia se encogió en el lecho cubriéndose con la sábana hasta el cuello. Su mirada fija en la puerta.

Había cerrado con llave y colocado el pasador.

Nadie podía entrar.

Sin embargo, escuchó el chasquido de Ia cerradura y el característico deslizar del pasador.

El estupor superó al pánico que dominaba a Patricia. —No... no es posible...

Su voz fue apenas un audible susurro.

Con incrédulos y aterrados ojos contempló cómo Ia puerta se iba abriendo lentamente.

Sin mano humana que la empujara.

Nadie.

Nadie la estaba empujando.

La puerta se abrió por completo.

La luz procedente del corredor inundó la estancia. Patricia, agazapada entre las sábanas, sintió un caliente vaho a su izquierda.

Al ladear la cabeza descubrió al perro.

Uno de los perros alsacianos de la casa.

—«Ray»... ¿Qué... qué haces aquí?

El animal tenía los ojos inyectados en sangre. Las fauces abiertas. Mostrando sus afilados colmillos.

Súbitamente resonó el desgarrador alarido.

Patricia lo identificó perteneciente a su padre.

Saltó precipitadamente del lecho.

No se molestó en coger la bata depositada a los pies de la cama. Ni tan siquiera calzó las chinelas.

Salió al pasillo.

Al final del largo y ancho corredor adornado con artísticos candelabros de pared, cuadros y figuras estaba la habitación de su padre.

Y vio a Ned Thompson colgando del techo.

Y contempló cómo su cabeza...

Y Patricia gritó. Con todas sus fuerzas. Dejando escapar el infinito terror que acusaban sus ojos.

FIN